LA ARAÑA NEGRA

DRAMA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

EN PROSA, ORIGINAL DE

GERMAN CORRAL

Estrenado con gran éxito en el Teatro Verano
:: :: de Cádiz el 28 de Octubre de 1916 :: ::

VALENCIA. — 1916
IMPRENTA MANUEL PAU
LEPANTO, 27

a mi amigo Llobra en
prueba de admiración
y cariño de luengos años
el Autor

Valencia 15-1 1918

LA ARAÑA NEGRA

LA ARAÑA NEGRA

DRAMA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

EN PROSA, ORIGINAL DE

GERMAN CORRAL

Estrenado con gran éxito en el Teatro Verano
:: :: de Cádiz el 28 de Octubre de 1916 :: ::



VALENCIA. — 1916
IMPRENTA MANUEL PAU
LEPANTO, 27

A

D.ª Juana Alapont Martínez

y

D.ª Concepción Rubio Puchaes

En prueba del mucho cariño
que os profesa,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL.	SRA. PLÁ
CONCHITA.	» RUBIO
PADRE JACINTO.	SR. RAMBAL
DON JUDAS.	» IBÁÑEZ
DON ANTONIO.	» RODRIGO
RICARDO.	» ROSSI
RAFAEL.	» VALERO
GUZMAN.	» MARTÍN
BERNARDO.	» GÓMEZ
MARINERO 1.º.	» MARTÍN
MARINERO 2.º.	» GÓMEZ

Epoca contemporánea.
Derecha e izquierda la del actor.
Del prólogo a los actos pasan 16 años.

PRÓLOGO

La escena representa el camarote de un capitán de barco mercante. Mesa despacho. Otra mesa adosada a la pared de la derecha, forma de pupitre. Mapa-mundi. Una esfera del globo terráqueo. Un cuadro que representa un buque en alta mar y que se lea en la popa: «El Rayo». Perchas con ropa de marinos, colgada. Todo lo que dé carácter de lo que es un camarote.

ESCENA PRIMERA

Don ANTONIO, RAFAEL, sentados junto a la mesa despacho; don JUDAS, en el pupitre. Dos marineros, de pie, delante de don Antonio.

MARI. 1.° Don Antonio, yo no quería, pero él fué el que me obligó a comprar el vino.

MARI. 2.° No es verdad, y no tolero más mentiras. Usted ya me conoce y sabe que en mi vida he probado el vino; si no hubiera sido idea suya, no me vería yo en la desgracia que me veo. Borrachín, (Al marinero 1.°) que ya todos te conocen y saben que no miento.

MARI. 1.° Si no estuviéramos aquí, te diría quién es el borrachín, escorpión. (Alto.) Usted ya comprenderá que no va a decir que él ha sido. Comprendo también que no es justo ni natural lo que nosotros hemos hecho.

D. ANT. Bueno, ya depuraremos los hechos. Ahora a cubierta, que vais a entrar de guardia; y cuidado que yo sepa que hay represalias por esto; entonces sí

que no habría clemencia para ninguno de los dos.

MARI. 1.° Por mí ya se ha terminado; como si no hubiera ocurrido nada.

D. ANT. Eso es lo que hay que hacer, si no queréis ir a la barra.

MARI. 2.° ¡Por Dios, don Antonio!; prefiero que me arroje al mar para que se me coman los tiburones, a que me encierren allá bajo.

D. ANT. Bien, bien. Despejad.

MARI. 1.° A sus órdenes.

MARI. 2.° Manden como gusten de este humilde marino. (Marcan el mutis.)

MARI. 1.° De todo tienes tú la culpa, por borracho.

MARI. 2.° ¿A quién llamas borracho? Si tú eres un tonel, arenque...

MARI. 1.° Cuando lleguemos a tierra, ya te lo diré

MARI. 2.° Si no tuviera miedo a la barra... (Desaparecen por la escalera, discutiendo.)

D. ANT. Dios quiera no tengamos que lamentar alguna desgracia. Hay mucha niebla en el mar y estos hombres aún tienen mucha en la cabeza. (A Rafael.) ¿Has terminado?

RAF. Sí. Toma; veas si está conforme.

D. ANT. (Después de leer el papel que le entrega.) Eso es. Justo, doce millones. Abascal, (A don Judas) repasa esa cuenta y ponla en limpio.

D. JUDAS. Está bien. (Toma el papel y se sienta.)

D. ANT. ¿Cuántos días nos faltan para llegar a Bilbao, Rafael?

RAF. Si el mar sigue tranquilo como hasta hoy, unos ocho días. ¡Una eternidad!

D. ANT. ¿Tanta prisa tienes en llegar?

RAF. ¡Mucha! ¡Hace cuatro años que abandonamos a España en busca de fortuna, y tengo un placer, una alegría infinita al volver a ella.

D. ANT. (Aparte.) ¡Qué va a ser de mí!

RAF. Además, tú ya sabes cómo dejamos a nuestras familias; por tu suerte y alegría ya conoces a tu hijo, que debe estar hecho un hombrecillo. Yo no conozco a mi Isabel, la hija de mi vida. Con qué placer la voy a estrechar contra mi pecho; qué infinita alegría siento sólo al pensarlo... ¿Y mi esposa? Con qué ansia, con qué alegría me estrechará entre sus brazos al verme... Este placer, esta dicha que me espera, vale más que todo el oro que les llevo.

D. ANT. ¡Sigues lo mismo! ¡Siempre aferrado a la familia, adosado a lo que es perecedero y monótono al mismo tiempo! ¡No veo lo que puedes sacar al pensar tanto en tu mujer y tu hija! Yo ni me acuerdo de nadie. ¡Para qué!

RAF. Yo siempre. Por eso son tan diferentes nuestros caracteres. Tú en teniendo dinero lo tienes todo; yo en teniendo cariño no me hace falta nada.

D. ANT. Como que con dinero se consigue todo en este mundo.

RAF. Tal vez; y por eso te has dado tanta prisa en conseguir nuestra fortuna. Gracias a tu ingenio y conocimiento comercial, hemos reunido en cuatro años un capital que a muchos les cuesta veinte...

D. ANT. Es verdad.

RAF. Pero a mí no me importa el dinero; el dinero es un diablo que va a donde le parece. Para mí no hay más que la familia.

D. ANT. Pues ya la verás pronto.

RAF. ¡Qué largos me van a parecer los días que faltan!

D. ANT. ¡Pareces loco!

RAF. Y tengo mis motivos. ¿Tú sabes lo que es tener una hija de cerca de cuatro años y no conocerla? ¿Tú sabes lo que

es estar pensando siempre en ella y no verla nunca? ¡No puedes comprender cómo se dilata mi pecho cuando más cerca voy estando de ella! Miserable de mí; si hubiéramos retrasado un mes nuestra marcha, la hubiera visto nacer y tal vez no tendría tantas ganas de verla. (Sacando del bolsillo una fotografía.) ¡Mírala! ¿Ves qué hermosa?

D. ANT. (Mirando el retrato que Rafael le entrega.) Bonita es.

RAF. Toda la cara de su madre.

D. ANT. Será una real moza. Cuando tenga veinte años volverá locos a los hombres.

RAF. (Guardando el retrato.) Por ella he trabajado, por ella y nada más que por ella.

D. ANT. (Después de una pausa y sin saber cómo empezar.) Rafael... hoy quiero que me contestes claramente. ¿Estás dispuesto a deshacer nuestra sociedad?

RAF. ¡Sí, ya que quieres que sea claro y conciso!

D. ANT. ¿Por qué? (Con ahinco.)

RAF. Primero, porque quiero retirarme y vivir tranquilo, después de tantas fatigas, al lado de mi mujer y de mi hija. Dirigir su corazón infantil, inculcar en él el amor a la humanidad.

D. ANT. No es eso lo que yo quiero saber.

RAF. Voy al asunto. Segundo, no podemos continuar nuestra razón social, porque has incluído en los planes que teníamos a esa sociedad, «La Judiette Company», y a mí no me gusta. Y ya sabes que cuando una sociedad de esa especie se entromete en un negocio, hace lo que puede para quedarse con todo.

D. ANT. (Dominándose por la contrariedad que le producen las palabras de Rafael.) No seas loco y piensa alguna vez lo que dices. Esa sociedad expone, en el asunto que sa-

bes, el doble que nosotros. Como ves, ella es la más interesada en el buen éxito de la empresa, y no comprendo tus temores y vacilaciones.

RAF. Si no tengo vacilaciones ni temores, Antonio; pero...

D. ANT. (Conteniéndose.) Pero, ven aquí, testarudo; esos señores de «La Judiette Company» no harán más que exponer su capital en unión del nuestro, y todos los años ellos retirarán su tanto por ciento de las ganancias, a razón del capital invertido, y nosotros el nuestro. ¿Qué es lo que ves tú en todo esto?

RAF. (Casi convencido y dudando.) Conforme lo expones tú, nada. Pero... me dice el corazón... no sé lo que veo que no me gusta... (Resuelto.) Y... en fin, no entro en esa combinación.

D. ANT. (Indignado.) Lo que tú quieres es que terminemos, ¿no es eso?

RAF. ¡Qué equivocado estás, Antonio! ¿Hay bastante dinero con el nuestro para lanzar esa flota, que tú pretendes armar, sobre los mares?

D. ANT. (Con desaliento.) ¡No! ¡Ni con tres veces más!

RAF. ¡Pues entonces, por mí, no se verá un barco en el Océano que lleve la bandera de la matrícula de Bilbao!

D. ANT. (Estallando.) ¿De modo que quieres desmoronar nuestra riqueza?

RAF. ¡No! Lo tuyo es tuyo y puedes hacer lo que te plazca; pero lo mío es mío y ¡ay de aquel que intente arrebatarle un céntimo a la hija de mi alma! (Con fuerza.)

D. ANT. (Muy dulce y procurando convencerle.) Pero, ¿quién trata de arrebatarte nada?

RAF. Nadie, según lo expones tú. ¡Mas algo me dice tu insistencia para que yo acepte la intervención de esa sociedad, que Dios confunda, en nuestros intereses!

D. Ant. Porque nosotros solos no podemos llevar a cabo nuestra empresa. Nos falta, además del crédito que tenemos y nuestro dinero, la protección moral y material de una sociedad fuerte que pueda imponerse al gobierno y que pueda sacar una subvención para asegurar nuestros intereses...

Raf. ¡Sí, para que ellos se queden con todo!

D. Ant. ¡Rafael! ¡Mira lo que dices!

D. Judas. (Aparte; por Rafael.) ¡Demonio!

Raf. ¡Antonio, lo que me propones no lo aceptaré nunca, lo entiendes, ¡nunca! ¡Estoy resuelto a no meterme en nada, y menos en eso; le tengo miedo!

D. Ant. ¿Es esa tu última palabra?

Raf. ¡Sí!

D. Ant. Pues óyeme, Rafael, y ten compasión de mí. Tú ya sabes que he sido el alma de nuestro negocio; que casi nunca te he dado cuenta de los asuntos concernientes a él, hasta que no han estado hechos. (Después de una pausa y no sabiendo cómo romper.) Pues bien; yo me he comprometido a aportar a esa empresa toda nuestra fortuna. He depositado todo mi caudal como fianza, y si no cumplo la palabra, pierdo seis millones. ¡Como ves, mi ruina es segura!, y tú no vas a consentir que me vea pobre como el día que salimos de nuestro pueblo. ¿Tú que siempre has hecho por tu amigo los sacrificios más grandes, no harás éste?

Raf. ¡No! ¡Ya te lo he dicho! ¡Para esa empresa, ni un céntimo!

D. Ant. (Suplicando.) ¡Mira que es mi ruina!

Raf. ¿Quién te manda disponer de lo que no es tuyo?

D. Ant. ¡Rafael, por tu hija, por lo que más quieras en el mundo, cede! ¡Mira que esa terquedad es mi perdición!

Raf. ¡Ya lo he dicho! ¡No!

D. Ant. ¿Es decir, que ni por tu hija cedes?

Raf. ¡Por ella no cedo a tu capricho!

D. Ant. ¡Por última vez! ¡Cedes!

Raf. ¡No! ¡Y déjame, que no vas a sacar nada! (Mutis por la escalera, con mucho malhumor, más por la terquedad que por el dinero.)

ESCENA II

Don ANTONIO y don JUDAS

D. Ant. (Casi llorando.) ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí y de mi familia? ¿Es este el premio de mi trabajo y de tantas fatigas? ¿Es esto lo que me espera después de cuatro años de martirio?, ¡la miseria y el escarnio de todos! ¡Tener que volver a coger las redes y salir todas las noches al mar para ganarme el pan! ¡Jesús, esto no puede ser! ¡Tú que ves mi situación, no me abandones! ¡Protégeme! ¡No consientas mi perdición y mi deshonra!

D. Judas. (Con hipocresía.) Pues ese será el final, si no cumple la palabra que tiene empeñada. Es imprescindible que ese compromiso de los doce millones se cumpla...

D. Ant. ¿Pero cómo? Si él no transige.

D. Judas. ¡Se le hace transigir!

D. Ant. No podré. Ya conoces a Rafael; cuando dice que no, no hay poder en la tierra que le haga retroceder. Es testarudo como todo marino.

D. Judas. Usted verá lo que hace. El depósito de la cantidad restante tiene que hacerse efectivo dentro de veinte días; si no lo hace, va a perder usted todo su dinero!

D. Ant. ¡Ya lo sé! ¡ya lo sé! ¡Esa «Judiette Company» es más inexorable que Rafael!

D. JUDAS. ¡Porque le gusta cumplir los compromisos que contrae!, ¡por eso hace que los cumplan los demás!

D. ANT. ¡Pero cómo! ¡Poniendo un dogal al cuello, para si alguno quiere huir, ahogarlo! (Pausa, y después, como buscando un apoyo en don Judas.) ¡Oye!, ¿tú comprendes que si yo no hago efectiva esa cantidad en el día señalado, «La Judiette Company» retirará el depósito?

D. JUDAS. No lo dude.

D. ANT. (Cayendo en el sillón, anonadado.) ¡Dios mío, estoy perdido sin remedio!

D. JUDAS. (Acercándose a don Antonio como un reptil, que poco a poco va apoderándose de la voluntad.) No tanto, no tanto. «Todos los medios son lícitos para alcanzar nuestro fin», dice un axioma. A usted le queda un medio y a él hay que apelar.

D. ANT. (Mirándole como queriendo leer en su mirada el remedio que tiene.) ¡No veo cuál!

D. JUDAS. (Muy dulce y siguiendo su obra maquiavélica.) Usted ya sabe que «La Judiette» me tiene puesto a su lado para iluminarle cuando su inteligencia se ofusque o se encuentre su conciencia en alguna tribulación.

D. ANT. (Como buscando apoyo.) ¡Habla, habla!

D. JUDAS. Cuando salimos de la Cuaba, si mal no recuerdo, le oí decir a Rafael que hacía tres meses que no había escrito a su esposa y que no pensaba escribirla para sorprenderla...

D. ANT. Es verdad...

D. JUDAS. De modo que hace cuatro meses aproximadamente que su familia no sabe de él, ni si vuelve a España...

D. ANT. ¡Cierto!...

D. JUDAS. (Con mucha intención.) ¡Usted ya sabe que en los países tropicales las gentes mueren de cualquier cosa, y bien puede...!

D. ANT. ¿Qué quieres decir?...

D. JUDAS. Supongamos que Rafael muriera de repente. ¿Quién sabe el dinero que le corresponde a él de vuestra sociedad?

D. ANT. ¡Nadie! ¡Tú únicamente!

D. JUDAS. Y como usted puede suponer, yo no iré a decirle a su esposa nada de este dinero...

D. ANT. (Con ansiedad.) ¡Por Dios, acaba pronto!

D. JUDAS. Voy al final. (Como desafiando.) Si Rafael vive, no le queda a usted más camino que la miseria. En cambio, si él muere, usted puede doblar su fortura.

D. ANT. (Horrorizado.) ¡Qué!, ¿quieres que cometa un crimen, un asesinato?

D. JUDAS. ¡Tantos hemos cometido con esos pobres negros cuando se rebelaban a nuestra voluntad y... luego, al agua!

D. ANT. ¡Un homicidio! ¡No, nunca!

D. JUDAS. ¡Pues usted verá lo que hace! Si no le conviene mi proposición y le parece bien dejarle llegar a España, en cuanto llegue le entrego su dinero y allá se las entienda... Mas, ya lo sabe, la miseria para usted, y para él...

D. ANT. ¡Sí, prefiero la miseria a cargar mi conciencia con un crimen!

D. JUDAS. ¡Conciencia timorata! ¡Un crimen! ¿No es más crimen el suyo, que pudiendo salvarse de la ruina, no quiere y le sume a usted en la miseria y el oprobio? ¿No quiere él la felicidad y la riqueza para su Isabel? ¿Que Ricardo, el hijo de usted, no vale tanto como su hija?

D. ANT. ¡Pobre hijo mío!

D. JUDAS. (Continuando la tortura.) ¡Ya vé usted; ese niño que el día de mañana puede ser el sostén, el orgullo...!

D. ANT. ¡Dios mío!

D. JUDAS. ¡Y el que usted esperaba que fuera su alegría, será un ladrón, un asesino..., ¡quién sabe...! Y todo, ¿por qué?, ¡porque su padre no ha querido sacrificar

su conciencia! (Con desprecio.) ¡La conciencia...!, que no se sufre más que hasta que uno se confiesa; el confesor le impone la penitencia y después le absuelve. ¡Sér sin corazón, que prefiere la miseria a la vergüenza de confesar un crimen ante un hombre que sabe que le ha de absolver! (Se oye la campana.)

D. Ant. (Arrastrado al crimen, muy confidencial y mirando a todas partes con miedo.) Pero... ¿cómo llevo a efecto el crimen?

D. Judas. ¡Ya lo tengo meditado! (Casi al oído.)

D. Ant. (Temblando.) ¡A ver!

D. Judas. Rafael habrá entrado de guardia ahora mismo. El turno saliente se acostará en seguida...; yo haré que se pongan todos en el rancho de proa..., y protegido por la oscuridad, sube usted al puente y... ocurre tantas veces. Yo grito desde la puerta de los camarotes: «un hombre al agua...» (Se queda contemplándole un instante, y al ver la lucha que sostiene don Antonio y que está propenso a efectuar el crimen, don Judas dibuja una sonrisa como conseguido el triunfo. La sirena del barco estará sonando desde que se levante el telón, pero a intervalos largos; desde este momento hasta el final se oirá más a menudo.)

D. Ant. ¿Y cuando lleguemos a Bilbao? La tripulación contará todo lo ocurrido; dirán que Rafael cayó... al mar... ¿Y ante esto, qué diremos nosotros...?

D. Judas. La tripulación, como toda es americana, no desembarca; en doce horas fletamos el barco en Santander, en vez de ir a Bilbao; los mandamos otra vez a su patria; allí se cambia toda y *Pax-Cristi*.

D. Ant. ¡No..., no me atrevo...!

D. Judas. ¡Ya sabe lo que le espera! ¡¡La miseria!!

D. Ant. ¡Ay! (Suspirando.)

D. Judas. (Acercándose a don Antonio, que tendrá la ca-

beza entre las manos. Muy bajito.) ¡Voy a proa a ejecutar lo que le he dicho!

D. ANT. ¡Haz lo que quieras!

D. JUDAS. (Haciendo mutis y como regocijado por su triunfo. Aparte.) ¡Tú serás mío en cuerpo y alma!

ESCENA III

Don ANTONIO

D. ANT. ¡La ambición! ¡La maldita ambición! ¡Y ese hombre, ese Judas, qué sér más malo! ¡Con qué sutileza y astucia va apoderándose de mí! ¡Con qué infernal cinismo perpetró el crimen! ¡Con qué suavidad arrastraba mi alma a la perdición! ¡Maldita sea la hora en que hice el trato con «La Judiette»! ¡Maldita esa compañía que me ha puesto como secretario a ese hombre, que será mi perdición! ¡Y no puedo deshacerme de él, de ese demonio que me arrastra hasta el crimen y después será la eterna acusación de mi delito! ¡Miserable de mí que sin querer me he metido en la boca del lobo y me devoran toda mi fortuna, toda, toda! (Pausa.) Pero ¿por qué no querrá Rafael salvarme? ¿Qué es lo que verá en esa compañía, que sólo el nombrarla le pone nervioso? ¡Un negocio que he querido cerrar trato sin consultarlo con él, me ha salido bien, vive Dios! (Con esperanzas.) Pero Rafael es bueno y me ayudará a salir del apuro. Cuando termine el turno, cuando salga de guardia, le cogeré, y los dos solitos, procuraré convencerle. ¡Dios no puede abandonarme! ¡El viene! (Viendo a Rafael que baja la escalera.)

ESCENA IV

Don ANTONIO y RAFAEL

RAF. (Al ver que no está don Judas.) ¿Y el demonio? ¿Dónde se fué?

D. ANT. ¡Rafael!

RAF. No te ofendas; ya sabes que es el nombre que le doy. ¿Dónde está?

D. ANT. No sé. Cuando sonó la campana para el relevo se fué, según él dijo, al rancho de proa. ¿Cómo sigue la niebla?

RAF. ¡Cada vez más densa; tanto que sobre cubierta no se distinguen los hombres a dos pasos! (Cogiendo el impermeable que estará colgado en la percha.) Un momento que he estado en el puente me he mojado todo.

D. ANT. ¿Te parece que durará mucho?

RAF. Si sigue esta calma, toda la noche.

D. ANT. Tened mucho cuidado, no tengamos un choque.

RAF. No hay cuidado. Por el Atlántico los choques son difíciles. Sin embargo, no están de más las precauciones. (Medio mutis.)

D. ANT. Oye, Rafael. (Este se detiene.) Tengo que hablar contigo ahora que estamos solos.

RAF. Habla, pero sé breve que estoy haciendo falta en el puente.

D. ANT. En ti consiste que sea corta nuestra conversación.

RAF. (Un poco molesto.) ¡Dí! ¿Qué quieres?

D. ANT. (Suplicante.) ¡Que no retires tu capital; que entres en el negocio que te he propuesto; que no me abandones!

RAF. ¿Ya estamos en lo de antes?

D. ANT. Sí, amigo mío. Rafael, cede por nuestra amistad, por nuestros hijos, por lo

que más quieras en el mundo. (Arrodillado y cruzando las manos delante de Rafael.)

RAF. (Muy dulce ante la actitud suplicante de don Antonio y ayudándole a levantarse.) Mira, Antonio; hace un momento te dije todo lo que pensaba hacer; mas después, cuando subí a cubierta, casi me apenaba el haberte negado el dinero, que, la verdad, ya que vino junto, que junto se lo llevara el azar. Pero estudiando el negocio, esa sociedad, el modo leonino con que te han echado la zarpa, la manera indigna de que se han valido para apoderarse de tu dinero; en fin, todas las infamias, porque yo no veo más que un rosario de iniquidades y de cobardías en todo lo que han hecho. Y ¿para qué?, para guardar en sus arcas el fruto de nuestro trabajo, aunque éste haya sido inhumano. Pero nosotros tenemos en nuestro favor algunas atenuantes, y es que hemos presentado nuestros cuerpos, nuestras vidas; mas esos miserables, no; han olido que teníamos dinero y han buscado la manera menos expuesta para apoderarse de lo nuestro. Porque hoy te han atado a ti de forma que no te puedes mover, y mañana, si yo cedo, me atarán a mí. No, Antonio, perdona, pero no cedo.

D. ANT. ¡Rafael, que tu negativa es mi ruina, mi perdición!

RAF. ¡Aunque supiera que no cediendo se había de hundir el firmamento, no me habían de arrancar ni un peso!

D. ANT. ¡Rafael!

RAF. ¡Ya está dicho!

D. ANT. ¿De modo que no puedo esperar nada de ti?

RAF. ¡Nada!

D. ANT. (Desafiándole.) ¿Y esa es tu última resolución?

RAF. (Quedándose un momento contemplándole, como comprendiendo el tono de amenaza de don Antonio.) ¡Sí! (Mutis.)

ESCENA V

Don ANTONIO, y luego don JUDAS

D. ANT. (Que se ha quedado mirando la escalera por donde se fué Rafael.) ¡Está bien! ¿De modo que ni súplicas, ni pidiendo por tu hija puedo ablandar tu corazón? (Resuelto.) ¡Pues por mi hijo voy hacer lo que no quería! (Abre el cajón de la mesa y coge un puñal.) ¡Si Dios vé lo que hago, no me acusará de asesino! ¡Por cuantos medios pude, evité el crimen; él me arrastra, que él sufra el castigo! (Mutis. Va como borracho o medio loco. Pausa. Al momento de hacer el mutis don Antonio, sale don Judas con mucho sigilo.)

D. JUDAS. Don Antonio, ya está la gente... (Viendo que no está se queda pensativo.) ¡No está! ¿Qué es esto? (Como asaltándole una idea.) ¡Ah! ¡Sí; al fin se habrá decidido! (Se oye fuera un grito.) ¿Un grito? (Pausa; queda escuchando.) ¡No se oye nada! (Un momento de indecisión.) ¡Voy a ver! (Al ir a subir la escalera aparece don Antonio. Aparte y con alegría infinita.) ¡Ah! ¡Por fin! (Don Antonio, más bien que bajar, rueda por los peldaños; va a caer al centro de la escena. Don Judas, aparte.) ¡Ya eres mío! (Mutis. Este mutis queda a cargo del actor.)

D. ANT. ¡Dios mío, ten compasión de mí! ¡Estoy perdido! (Cae desplomado. Mientras va cayendo el telón, se oyen dentro las voces de *«Un hombre al agua.» «Arriad los botes.» «Aprisa.»*

TELÓN

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Salón lujosísimo. Puertas: primera izquierda, gabinete de don Antonio; primera derecha, la habitación de Ricardo; segunda derecha, puerta de entrada; segunda izquierda, despacho de don Judas. Al foro, centro, puerta grande que comunica a las oficinas y dependencias de la casa.

ESCENA PRIMERA

CONCHITA y BERNARDO

Estarán arreglando los muebles.

CON. Oye, Bernardo. ¿Cómo quedó aquello de la señora?

BER. ¿Qué señora?

CON. Aquella que quería arrastrarte porque contaste a don Judas las visitas que le hacía un caballero...

BER. Bien. Don Judas le retiró su protección, y en paz todos.

CON. ¿Que don *Iscariote* también la visitaba?

BER. Sí; pero sin ninguna intención maligna.

CON. Yo no digo tanto. Pero no sería muy buena y regular la amistad de don Judas... cuando sólo por el motivo de que la visitaba un caballero, le retira su protección.

BER. ¡Mujer! ¿Con qué intención quieres que sea la protección de un santo, como lo es don Judas?

CON. ¡Un santo! Maldita la gracia que a mí me hacen los santos como ese... Si tú vieras la cara que pone cuando me encuentra sola por algún pasillo...

BER. ¿Qué? (Como si le hubieran pinchado.)

CON. Se le enciende el rostro y los ojos toman un brillo y un fuego que parece un demonio.

BER. Eso lo hará el miedo que tú tienes...

CON. El miedo, ¿eh? El otro día, cuando tuvieron aquella discusión el Conde y su hijo, ¿te acuerdas?...

BER. Sí.

CON. Pues cuando salió de su despacho don Judas, estaba yo arreglando el fleco de la cortina que el señor Ricardo, sin querer, rompió. Estaba un poco inclinada y el muy... sinvergüenza, sin que me apercibiera, se acercó y me dió un abrazo, y un beso en la nuca.

BER. ¿Qué?... ¿Pero eso es cierto, Conchita?

CON. Y tanto.

BER. (Aparte.) ¡Miserable!

CON. Para que te fies de los santos de estos tiempos.

BER. (No queriendo dar crédito a lo que dice Conchita.) ¿Pero ese hombre hizo eso?

CON. (Ofendida por las dudas de éste.) ¡Bernardo!... No parece sino que te he contado mentiras alguna vez. Es tan verdad como la luz.

BER. (Aparte.) ¡Canalla! (Triste y mirando al despacho de don Judas.)

CON. Vaya, no te pongas triste, que ese viejo sátiro se llevó su merecido. Le di un puntapié que se cayó redondo como una pelota. Me fuí a mi cuarto y me puse a llorar de rabia; porque yo no comprendo que haya hombres que se aprovechen del descuido de una mujer y quieran vencerla con malas artes. Si a la mujer se la vence frente a frente, con cariño y no con hipocresías y aprovechándose de los descuidos, como hacen esos que conceptúan a la mujer como demonio delante de las gentes, y cuando tienen ocasión protejen a señoras y hasta tienen...

BER. (Como huyendo de la conversación.) ¡Bueno,

bueno, Conchita! Dejemos esta conversación.

CON. Es verdad; no me acordaba que tú también eres de la cuerda. Perdona si mis palabras han herido tus oídos *castos*...

BER. ¡Conchita!

CON. Perdona, chico, no me acor...

BER. ¡Conchita!... (Sin atreverse a decir lo que piensa.)

CON. ¿Qué?

BER. ¿No pasó del abrazo y del...?

CON. (Indignada por el pensamiento que oculta Bernardo.) ¡Oye, tú...! ¿Por quién me has tomado?

BER. Por nada... perdóname. Pero es que yo...

CON. ¿Qué? (Instigándole con la mirada para que rompa.)

BER. (Aparte.) ¡Nada, que no me atrevo!

CON. (Aparte.) ¡Este cerilla qué espera! ¡Hace más de un mes que va tras de mí y no se atreve a decirme ni una palabra!

BER. Oye...

CON. ¿Qué pasa?

BER. Que... yo... si tú... quisieras... pues...

RIC. (Saliendo, primera derecha.) Buenos días.

CON. (Aparte y contrariada.) ¡Qué oportunidad! (Alto.) Buenos días.

ESCENA II

Dichos y RICARDO

RIC. ¿Se ha levantado mi padre, Bernardo?

BER. Sí, señorito. Hace más de una hora que el señor Conde se levantó.

RIC. ¿No te ha dado algún recado para mí?

BER. No, señorito.

RIC. ¿Y don Judas?

BER. Don Judas, como sabe el señorito, se levanta muy temprano. Hace más de tres horas que está en su despacho.

RIC. Está bien. Dile que cuando pueda que salga.

BER. Al momento, señorito. (Mutis segunda izquierda.)

RIC. Conchita...

CON. Señorito.

RIC. ¿Has ido a casa de Isabel?

CON. ¡En cuanto que me he levantado!

RIC. ¿Y qué te ha dicho?

CON. Que hará todo lo que usted le mande. A las once estará aquí.

RIC. Bien. Tú la esperas en la puerta que da a la calle de San Nicolás, y después das la vuelta por el pasillo y la anuncias como si hubiera entrado por la puerta principal.

CON. Pero, señorito, ¿por qué tantas precauciones? No parece sino que Isabel sea una cualquier cosa. ¡Ya quisieran muchas señoritas ser como ella de buena y hermosa!

RIC. Por eso la quiero yo. Pero...

CON. ¿Pero qué? ¿Que se entregó a usted en cuerpo y alma? Se entregó porque os quiere y porque estaba sola en el mundo. ¿Me dirá que un miserable abusó de ella cuando apenas contaba quince años? Eso no le desespere a usted, que si ella no se lo ha dicho, yo se lo diré y verá que salió de aquella casa tan pura como entró...

RIC. Lo sé todo, Conchita; Isabel no me ha ocultado nada...

CON. Es que no vaya ahora a echar por la calle del medio y abandonarla. Usted es bueno, don Ricardo, y debe comprender que si Isabel hubiera tenido madre que velara por ella y no os quisiera con toda su alma, no os hubiera entregado el único tesoro que tiene la mujer: la honra. (Todo con tono suplicante.)

RIC. Sí, ya lo sé, Conchita, ya lo sé, que yo he sido un ángel malo. Yo, que a fuerza de palabras y promesas un día y otro, fuí encendiendo en su corazón la llama

del amor, y cuando abrí los brazos cayó, sin que ella misma se diera cuenta. Por eso no quiero abandonarla y quiero ser su esposo ante los hombres como lo soy ante Dios... Quiero unir mi nombre al suyo, a pesar de las oposiciones de mi padre y de don Judas. No alcanzo a comprender lo que ese hombre pretende, lo que...

CON. Es que la querrá para él...

RIC. ¿Qué?

CON. Nada, señorito; ya sabe que soy así; no puedo hablar dos palabras en serio.

RIC. Sí que eres loca, pero muy buena.

CON. Gracias... ¿Y no saben su papá y el *Iscariote* lo del rorro?

RIC. No. Todavía no he dicho nada, pero hoy lo sabrán todo.

CON. ¡Dios mío, cuando lo sepa don Judas! ¡Se va a poner frenético!

RIC. ¡A él yo le quitaré los humos! En cuanto a mi padre... Por eso hago venir a Isabel a esta casa. Y si estuviera la niña en Bilbao, también la traería.

CON. Y que no sería mala palanca para hacer ceder a vuestro padre. Cuidado que es monina la criatura.

RIC. Como su madre.

CON. Y como su padre; que usted no tiene nada que desperdiciar. Así ha salido aquel ángel de Dios, que parece una muñeca...

RIC. ¡Hija de mi alma!

CON. Si usted la hubiera visto el mes pasado cuando fuimos Isabel y yo a Hernani a verla; estaba para comérsela. Mas... Isabel...

RIC. Vete, que ya sale don Judas. No te olvides de todos mis encargos.

CON. Pierda usted cuidado. (Mutis segunda derecha.)

RIC. (Desde la puerta.) Y mucha prudencia.

ESCENA III

RICARDO y don JUDAS, por la segunda izquierda

D. JUD. (Muy dulce e hipócrita.) Buenos días, Ricardito. ¿Qué hay de nuevo?

RIC. No mucho. Siéntese, si gusta.

D. JUD. ¿Qué es lo que quieres? (Se sienta.)

RIC. Algo que usted no se imagina y que espero conteste sin evasivas y mentiras... Voy a abordar la cuestión sin preámbulos.

D. JUD. Habla.

RIC. Quiero que me explique el motivo que tiene para oponerse a mi casamiento. El derecho que se toma usted de aconsejar a mi padre para que él rompa este enlace.

D. JUD. Derecho, ninguno. No me induce más que la amistad que me une con tu padre, el cariño de tantos años que te tengo a ti... nada más.

RIC. Todo eso, el cariño, la amistad, le permitirán, a lo sumo, el darme consejos; pero oponerse tan tenazmente, no...

D. JUD. ¡Ricardo!

RIC. ¡Y le advierto que estoy dispuesto a dilucidar hoy la cuestión! ¡Que hoy quiero saber si es usted el que se opone o mi padre! ¿Lo entiende usted?

D. JUD. (Con arrogancia, dejando caer la máscara.) ¿Conque quieres saber quién es el que no quiere que te cases?

RIC. ¡Sí!

D. JUD. Te lo voy a decir. Primero, tu padre, como jefe de la familia, a quien todos debemos respetar. Segundo, yo, que no consentiré nunca ese matrimonio; y tercero, el honor de la familia...

RIC. ¿Qué?

D. JUD. ¡Crees tú que no estoy enterado de todo, imbécil!

RIC. ¡Caballero! (Con imperio.)

D. JUD. ¿Qué se diría en la alta sociedad a que perteneces? ¡Que el hijo del conde de Comás se casa con una modistilla, y que ésta tiene un vástago de amores ilícitos.

RIC. ¡Le advierto que esa niña es mi hija!

D. JUD. ¡Lo sé! ¿Y a una mujer como esa podrías presentarla con la frente levantada a todos tus conocimientos? ¿A la que ha sido tu manceba, tu...?

RIC. ¡Basta! ¡No insultéis a esa mujer que vale tanto y es tan honrada como mi madre, que está en la gloria!

D. JUD. ¡Blasfemo!

RIC. ¡Sí, tan honrada como mi madre! ¡Ella, que desde el cielo me ve y oye mis palabras, me bendice y aprueba mi conducta al mismo tiempo que maldice vuestra tiranía!

D. JUD. ¡Estás loco!

RIC. ¡Loco! ¿Loco porque defiendo a una mujer que es toda mi vida?

D. JUD. ¡Sí! ¡Yo te juro que si la conociera o supiera donde la escondes, no conseguirías tus propósitos!

RIC. ¡Pues sepa usted, y todos los que quieran oponerse a esta unión, que primero renuncio a mi nombre que abandono a esa mujer!

D. JUD. (Fuera de sí.) ¡Basta! ¡Basta! ¡Todo esto que está pasando tengo yo la culpa! Si no hubiera cedido a las súplicas de tu padre, de sacarte del colegio, y te hubieras estado allí encerrado hasta tu profesión, no tendría que tolerar esta rebeldía. En el convento te hubieran amansado, porque les sobran medios para ello. ¡A otros más rebeldes que tú los han reducido a la obediencia!

RIC. ¡A la obediencia! ¡Claro; como el amo al esclavo, como el verdugo al reo, a la fuerza, empleando procedimientos más infames que los inquisidores de antaño!

D. JUD. ¡Calla! ¡Calla! (Con voz de trueno.)

RIC. ¡Ya me he percatado del cariño que nos tienen a mí y a mi padre!

D. JUD. ¡Ricardo!

RIC. ¿Cree usted que yo no he visto su manejo? ¿Cree usted que no estoy al tanto de todas sus intenciones?

D. JUD. (Con ira.) ¿Qué intenciones crees que son las mías?

RIC. ¡Las de usted sólo, no; las de esa compañía!

D. JUD. (Lo mismo.) ¡Habla, que estoy leyendo en tus ojos la infamia que estás pensando!

RIC. ¡Que vosotros tenéis el propósito de quedaros con todo el capital de mi padre!...

D. JUD. ¡Jesús! ¡Jesús!

RIC. ¡Por eso no quieren que yo tome estado! ¡Ven que al contraer yo matrimonio, no pueden echarme la zarpa para encerrarme en un claustro, matando así mi corazón y mis aspiraciones! ¡Ven que si yo llevo a efecto mis planes, fracasan los vuestros y se os escapa la fortuna del conde de Comás, que para vuestra empresa es un buen bocado!

D. JUD. ¡Jesús! ¡Satanás te inspira!

RIC. ¡Pues si Satanás me inspira, crea usted que hace mejores obras que el Dios de vuestra compañía!

D. JUD. (Arrojándose sobre Ricardo; éste se defiende, pero sin el mayor esfuerzo.) ¡Miserable!

RIC. ¡Quieto! (Lo tira sobre el sofá.) ¡En esta casa si algún miserable hay es usted!

D. JUD. (Sin poder hablar por la ira.) ¡Gotas de sangre te ha de costar esta afrenta!

ESCENA IV

Dichos y don ANTONIO, primera izquierda

D. ANT. ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que pasa aquí?

D. JUD. (Sonriendo y muy dulce.) Nada, don Antonio, nada. Que le estaba diciendo a Ricardo

que no le conviene casarse. Que debe volver a la casa de Dios y pedir perdón por sus pecados, que tiene muchos que perdonar; y una vez limpia el alma de remordimientos y limpio el cuerpo de mundanas pasiones...

D. ANT. ¡Es verdad! ¡Hijo mío, dichoso tú que puedes llegar al trono del Señor con la conciencia tranquila!...

RIC. ¡Padre mío! ¿Es que tú también quieres matar mis ilusiones de formar una familia? ¿Es que tú, padre querido, no quieres que satisfaga la ilusión más grande de mi vida, que es la de tenerte siempre a mi lado, la de alegrar tu vida con mis cuidados... y los de todos los míos? ¡El de cerrar tus ojos cuando Dios quiera llamarte! ¿Es que tú, padre querido, quieres que mi alma se pierda?

D. ANT. (Abrazando a su hijo con pasión.) ¡No, hijo mío, no!

D. JUD. (Bajo, a don Antonio, y con mucha hipocresía.) Señor Conde, ¿qué está haciendo? ¿No comprende que con esos arrebatos de cariño está torciendo las inclinaciones del chico? ¿No ve que así adormece la pasión cristiana que tiene en su corazón y despierta las pasiones mundanas que con sus halagos y caricias lacerarán su corazón, y por ese camino, Dios sabe lo que llegará a ser? ¡Tal vez un réprobo, un asesino!

D. ANT. ¡No! (Aparte.) ¡Un asesino! ¡Dios mío, ten piedad de mí!

RIC. ¡Padre mío!

D. JUD. Silencio. Alguien llega.

ESCENA V

Dichos, CONCHITA y el PADRE JACINTO, segunda izquierda

CON. (Anunciando.) El Padre Jacinto.

D. JUD. Que pase. (Mutis Conchita.) ¡Por Dios, calma!

RIC. (Con alegría va a su encuentro y le besa la mano.

Lo mismo que don Antonio y don Judas. Aparte.) ¡Gracias, Dios mío, que me envías un protector franco y sincero!

P. JAC. (Saliendo.) La paz de Dios sea con nosotros.

D. ANT. ¡Bien venido, Padre Jacinto!

D. JUD. ¡Dios sea en esta casa!

P. JAC. Siéntense, siéntense, señores, que soy de confianza.

D. JUD. (Sentándose; lo mismo hacen los demás.) Con vuestro permiso, padre.

P. JAC. (Que se ha fijado en Ricardo.) ¿Qué tiene Ricardo?

D. JUD. (Cortándole la palabra.) Nada, padre Jacinto, nada. Cosas propias de la juventud. Ya sabe usted, padre, lo que sucede con los jóvenes cuando se les da un consejo o cuando uno se opone a sus caprichos.

P. JAC. Vamos, ¿qué le pasa, si es que puede saberse?

D. ANT. Va a saberlo, padre Jacinto...

D. JUD. Perdonad, señor Conde. Permitidme. Pues es que Ricardo está afanoso por volver al convento y continuar sus estudios...

RIC. (Estallando.) ¡No, padre Jacinto, no es verdad lo que dice don Judas!

D. ANT. ¡Ricardo!

D. JUD. ¿Qué dices?

RIC. ¡La verdad! ¡Lo que pretende es matar mi alma! ¡Lo que pretende es cometer una infamia sin límites, de la cual aún no le he dicho ni una palabra!

P. JAC. Calma, calma, hijo mío. ¿Qué es esto?

D. JUD. Nada, porque...

P. JAC. ¡Déjele hablar! (Don Judas quiere continuar, pero la mirada del padre Jacinto le enmudece.) ¡Dí, Ricardo!

RIC. ¡Llevamos en esta casa hace tres meses una lucha imposible de resistir y que yo estoy dispuesto a que concluya hoy!

P. JAC. ¿Qué es ello?

RIC. Quiero que mi padre, el único que tiene potestad sobre mí, me otorgue el permi-

so que le he pedido para contraer matrimonio con Isabel.

D. JUD. (Continuando.) ¡Y yo no quiero! ¡No quiero que el hijo del conde de Comás, Ricardo González de Acuña, sea el esposo de una mujer que, según dicen, ha estado en una casa de...!

D. ANT. (Con un grito del alma.) ¿Qué? ¿Es eso verdad? (Ricardo queda como anonadado.) ¡Responde!

RIC. ¡Sí! ¡Pero fué a esa casa engañada vilmente! ¡Arrastrada allí por un sér sin entrañas, sin corazón, y Dios sabe de qué se valdría para llevar a cabo tal villanía!

D. JUD. (Gozándose por el triunfo alcanzado) ¡Ya lo veis, señor Conde! ¡Ya sabe el motivo que tengo para oponerme a esa unión! ¡Era por eso!

RIC. (Lleno de ira.) ¡Mentís!

D. ANT. }
P. JAC. } ¡Ricardo!

RIC. ¡Todo lo que dice es falso! ¡No es ese el motivo que tiene ese hombre para oponerse a mi casamiento! ¡No es porque la mujer que yo he elegido tenga una mancha! ¡No es porque no sea digna de mí, del descendiente del conde de Comás! ¡Así fuera la misma virgen del altar, se opondría lo mismo! ¡Es que don Judas y esa compañía que él representa en esta casa, quieren encerrarme para apoderarse de todo tu dinero, padre querido!

D. ANT. ¿Qué?

RIC. ¡Si yo contraigo matrimonio, ven que se les escapan veinte millones! ¡Por eso y no por otra cosa es su oposición!

RIC. ¡Padre Jacinto, usted que conoce mejor que nadie el corazón de mi Isabel, usted que sabe hasta los pensamientos más íntimos de ella, dígale a mi padre si es digna de mí! ¡Dígale si es buena y si puede hacerme feliz!

D. JUD. (Escandalizado.) ¿Que usted sabía la historia de estos amores?

P. JAC. ¡Sí!

D. JUD. ¿Y consentía usted tal absurdo? ¿Usted, padre de almas, apoyando tal monstruosidad?

P. JAC. ¡Sí!

D. ANT. ¿Eh?

P. JAC. ¡A mi vista germinó su amor y se arraigó en sus almas la pasión más intensa que ha existido jamás. Al principio pude combatirla y no lo hice...

D. JUD. ¿Por qué?

P. JAC. ¡Porque no es justo ni humano matar las ilusiones de la juventud; porque matarlas, y más éstas, hubiera sido perder un alma!

D. JUD. ¡Por matar el amor a la carne, no se pierde alma alguna; antes al contrario, se ganan santos! ¡Usted, padre, no ha cumplido con el sagrado deber a que está obligado! ¡Debía haber cercenado en flor esos amores!

RIC. (Aparte.) ¡Hipócrita!

P. JAC. ¡Antes al contrario! ¡Los fomenté porque no los creía funestos! ¡Y aún sigo creyendo lo mismo, diga lo que quiera el mundo y usted!

D. JUD. ¿Qué está diciendo?

P. JAC. ¡No más que lo que me dicta el corazón! ¡Y no me arrepiento de ello! ¡Yo vi la vida donde todos los que piensan como usted ven la muerte! ¡En aquella chispa de amor que usted quería que yo apagase, vi la redención de un alma, y al mismo tiempo una gran justicia que Dios había puesto en mis manos!

D. JUD. (Sin darse cuenta de las palabras que oye.) ¡Pero...!

P. JAC. ¡Quería conducir a Isabel a la perfección, elevarla a cuanto es bello y grandioso en la vida, y en particular en la mujer, a sentir el amor de madre y poder, por ese medio, reconquistar un alma virgen de todas las impurezas!

D. Jud. ¡No comprendo esas filosofías!

P. Jac. Vais a comprenderme. Al alentar estos amores, que a usted le parecen un crimen, cumplo mi misión, como hombre y como eclesiástico. El alentar a la juventud a que fomente una familia, es más santo que amparar el celibato. Si hasta la misma naturaleza nos enseña amarnos, ¿por qué ustedes quieren ser más sabios que la naturaleza? ¡Si todos los hombres siguieran su ejemplo, el del celibato, en toda la extensión de la tierra no existiría más que la muerte!

D. Jud. (No pudiendo creer el lenguaje del padre Jacinto.) ¿Sabe lo que está diciendo, padre Jacinto? ¿Siente realmente lo que ha dicho?

P. Jac. ¿Por qué no lo he de sentir? ¿Acaso he dicho alguna palabra contra el sagrado ministerio que ejerzo? ¡Si el mismo Dios nos dió el ejemplo al encarnarse como cualquier criatura mortal! Si el Creador nos señaló el camino que debemos seguir, ¿á qué viene esa extrañeza? ¿Que predicando yo y amparando el amor, la familia, no cumplo mejor que usted? (Movimiento de don Judas.) ¡Mejor que usted, que quiere matar lo único que hay de verdad en este mundo, el amor a los hijos! ¡Y este cariño que ata a los seres, hace que los hombres se acerquen y se quieran! ¡Y es porque están orgullosos de sí mismos al cumplir lo que les manda la naturaleza! ¡Mas lo que hacen los que piensan como usted, es inhumano y perverso; a las criaturas hay que unirlas y dulcificar sus corazones, no lo que ustedes, que los aislan e inculcan en sus cerebros el odio a sus semejantes y el exterminio de la Humanidad!

D. Jud. (Con desprecio.) ¡Esas teorías no son propias de un ministro de Dios, son propias de un revolucionario!

P. Jac. ¡Mis teorías son las de un hombre justo,

si a usted no le parece mal! (Don Judas quiere contestar y don Antonio se interpone.)

D. Ant. Dejémonos de discusiones y vamos al asunto. Padre Jacinto, yo estaba conforme con las aspiraciones de mi hijo. Mas ahora que sé quién es la mujer que él ha elegido, ¡me opongo a esa unión! ¡No quiero que algún día tenga que arrepentirse de lo que hoy quiere llevar a cabo! ¡Una mujer perdida...! ¡Una mujer...!

P. Jac. ¡Usted no sabe quién es Isabel, pero yo, sí; yo, que tengo minada su conciencia, que sé hasta los pensamientos más íntimos; yo, que sé el motivo de la perdición de esa criatura, apruebo y aliento estos amores con todas mis fuerzas!...

Con. (Saliendo.) Doña Isabel Larco, pide permiso para hablar con el señor.

D. Ant. (Se levanta como por resorte, y no sabiendo lo que ha oído y como atontado.) ¿Qué ha dicho? (A su hijo.) ¡Larco!

P. Jac. ¡Isabel Larco, sí; la prometida de vuestro hijo...!

D. Ant. ¡Larco! ¡Larco!

P. Jac. ¡Y es hija del marino Rafael Larco Rami!

D. Ant. ¡Eh! (Un grito.)

D. Jud. ¿Qué decís? (Al padre Jacinto.)

Ric. ¡Padre!

P. Jac. Señor Conde, ¿qué os pasa?

D. Ant. (Aparte y cayendo en brazos de su hijo como desmayado.) ¡Dios mío! ¡Mi castigo!

D. Jud. (Aparte.) ¡Oh, fatalidad!

Ric. ¡Padre mío! ¡Socorro! ¡Un médico!

D. Jud. ¡Señor Conde!

Con. (Que se habrá acercado.) ¡Señor!

Ric. ¡Ve por el médico; corre!

D. Ant. (Casi sin poder hablar.) ¡No, no llames a nadie! ¡Dejadme solo! ¡Solo!

Ric. ¡Padre!

D. Ant. ¡Déjame, hijo mío!

D. Jud. ¡Ven, Ricardo! (Marcan todos el mutis.)

Ric. (A Conchita.) A Isabel, que espere.

D. Ant. ¡No; usted, padre, quédese! (Mutis los demás.)

ESCENA VI

PADRE JACINTO y don ANTONIO

P. JAC. ¡Tranquilizaos, señor Conde!

D. ANT. Padre, ¿tendrá la bondad de cerrar todas las puertas?

P. JAC. Con mucho gusto. (Cierra todas las puertas, menos la primera derecha, que es por donde han hecho mutis don Judas y Ricardo.) Ya están.

D. ANT. Hacedme el favor de tomar asiento aquí a mi lado y escuchadme como hombre y como confesor. (Toma asiento al lado de don Antonio.)

P. JAC. ¡Ya os escucho!

D. ANT. ¿Tenéis alguna noticia del padre de Isabel... de su muerte...?

P. JAC. ¡Sí; aunque vagas, tengo algunas!

D. ANT. (Con ansia.) ¿Quién os las dió?

P. JAC. Su mujer, cuando recogí su última voluntad.

D. ANT. (Perplejo.) ¿Qué usted la conoció?

P. JAC. Sí, señor Conde. Fuí gran amigo de Rafael Larco; más que amigo, casi hermano. Cuando contrajo matrimonio, yo bendije su unión. ¡Después, cuando cometió la locura de su viaje a América, me encargó que velara por su mujer y por su hija, que nació a los dos meses de su marcha. Yo le escribía las cartas a su mujer y leía las contestaciones de su esposo; de modo que pasaba más tiempo en casa de la esposa de Rafael que en el templo. Mas al poco tiempo de una carta de Rafael, en la que nos decía que estaba haciendo una fortuna y que si seguía el negocio de la misma forma, dentro de poco estaría en España, llegó a mis oídos una infamia, una monstruosidad; se decía que yo sostenía relaciones ilícitas con la esposa de mi amigo. Ante tal absurdo, no tuve más remedio ni se me ocurrió

otra cosa que pedir el traslado y así lo hice! ¡Ojalá Dios no lo hubiera hecho!

D. ANT. ¿Por qué?

P. JAC. Porque al volver a Bilbao hace seis años, como confesor de las monjas del Santo Hospital, me encontré en una cama a la esposa de Rafael, moribunda! ¡Qué grande fué la alegría de aquel ángel al reconocerme; con qué alegría estrechó entre sus brazos el hermano del hombre que ella había amado con toda su alma, y que algún infame, tal vez por codicia, le asesinó...! (Con exaltación y mirando a don Antonio como si leyera en su interior el crimen por él cometido.)

D. ANT. ¡Sí, un infame que no quería la pobreza y cargó su conciencia con un crimen que un miserable, sin temor al Dios justo y benigno, le obligó, le indujo a cometerlo! ¡Uno que dijo al resistirme a cometer el crimen: «Que Dios me lo perdonaría»...!

P. JAC. ¡Qué!

D. ANT. ¡Mas después he visto que es más fácil para él cometer la atrocidad más grande del mundo, que para mí tranquilizar esta conciencia! ¡Porque el que asesinó a Rafael Larco fuí yo, padre Jacinto, yo; es la primera vez que confieso mi crimen, pero lo confieso al hombre más bueno del mundo.

P. JAC. ¿Conque usted es el asesino de Rafael? ¡Me lo figuraba!

D. ANT. ¿Cómo?

P. JAC. ¡Sí, conde de Comás!

D. ANT. ¿Por qué?

P. JAC. ¡Porque la esposa de mi amigo tenía sospechas de que su compañero le había asesinado! ¡Pero la pobre no sabía el motivo del crimen, no sabía que habían asesinado a su esposo para robarle seis millones...!

D. ANT. ¡Qué! (Estupefacto.) ¿Sabéis?

P. JAC. ¡Todo!

D. Ant. ¡Eso no es posible!

P. Jac. ¡De los doce millones que usted depositó en la caja de «La Judiette Company», seis eran de Rafael Larco! ¡Para poco le sirvió a ese don Judas, vuestro amigo y confidente, el vender «El Rayo» y emplear a toda la tripulación en las oficinas que «La Judiette Company» tiene en Filadelfia, porque Dios, ese Dios que ellos invocan y en el que no creen, protege a los justos, aunque tarde, y descubre a los malvados!

D. Ant. (No pudiendo dar crédito a lo que oye.) ¿Pero, cómo os habéis enterado de todo?

P. Jac. ¡Por la mano de Dios! ¡Desde que la esposa de mi amigo me confió sus sospechas, hice el juramento de descubrir a los asesinos! Empecé por los medios que pude a indagar y las noticias que adquiría eran confusas. Mas cuando mis esperanzas habían desfallecido, vino Dios a satisfacer mis anhelos. ¿Os acordáis hace dos años cuando explotaron las calderas del vapor norte-americano «New-York» y de las víctimas que causó la explosión?

D. Ant. ¡Sí!

P. Jac. ¡Pues al recibir la confesión de uno de los desgraciados que murieron de la catástrofe, me dijo que fué timonel de un vapor español llamado «El Rayo», y en el último viaje que este buque hizo a España, una noche de niebla horrorosa que estaba él de guardia, vió a un hombre, que no pudo distinguir bien, pero que le pareció don Antonio González, subir al puente donde estaba el piloto y que por la espalda le hundió por dos veces un puñal que llevaba en la mano y después lo arrojó al mar...

D. Ant. (Aparte.) ¡Dios mío, ten compasión de mí!

P. Jac. ¿Comprende ahora, conde de Comás, el por qué, cuando me habéis pedido mi opinión sobre el matrimonio de vuestro

hijo, os he contestado que debía llevarse a efecto?

D. ANT. Y yo estaba conforme, padre Jacinto; ya lo sabe usted. Era mi alegría ver a mi Ricardo casado; pero ahora que sé lo que es esa Isabel, no quiero dar mi consentimiento.

P. JAC. (Irguiéndose.) ¿Por quién se ha perdido ese ángel de Dios? ¡Por su madre! ¿Por qué cometió usted un crimen?

D. ANT. ¡Por mi hijo!

P. JAC. Pues si usted cargó su conciencia con un crimen sin que su hijo le pidiera pan, ¿qué encuentra usted en Isabel que perdió la honra por dar la vida a su madre? ¡Esto será horrible, repugnante; pero por muy repugnante que esto sea, no lo es tanto como vuestro crimen! ¡Ha quitado usted a un hombre la vida por robarle; ha hecho morir a una mujer en el hospital, sin tener cerca a su hija para darle el último beso antes de que su alma dejara esta vida miserable, que fué para ella una odisea, a causa de vuestro asesinato! ¡Ha hecho casi una ramera de una niña que hubiera podido estar rodeada de felicidades y riquezas! Que esa niña no cometió su falta porque le nacía del corazón el ser mala, sino que fué burlada vilmente por un hombre que le dijo que su madre no carecería de nada, y quién sabe si el hombre que abusó de ella, valiéndose de lo más repugnante que puedan inventar los hombres más depravados del mundo, será alguno de los que pertenecen a esa compañía donde están los millones de su padre! ¡Porque son muy dóciles y muy devotos cuando están en espera de algo; mas cuando pierden la esperanza de conseguir su objeto, se sienten fieras y son capaces de cometer los actos más viles, las atrocidades más asquerosas!

D. ANT. ¡Padre Jacinto! (Protestando.)

P. JAC. ¡Silencio, señor Conde! ¡A una criatura como Isabel, hay que ampararla, hay que respetarla y tener compasión de ella!

D. ANT. ¡Todo lo que usted quiera, todo, pero no quiero esa unión! ¡Le entregaré a Isabel todo el dinero que le corresponda; seis, ocho millones, todos los que quiera, pero darle a mi hijo, no!

P. JAC. ¿No? ¡Pues a ese precio quiero que me compre mi silencio, con la unión de vuestro hijo con Isabel! ¡De otro modo, no callaré, ¿lo entiende?, ¡¡¡no callaré!!!

D. ANT. (Como loco.) ¿Sería usted capaz de publicar lo que se le ha confiado como secreto de confesión?

P. JAC. ¡Sí!

D. ANT. ¿Será capaz de deshonrarme ante el mundo?

P. JAC. ¡Sí!

D. ANT. ¡Eso es una infamia, Padre Jacinto!

P. JAC. ¡Más infamia es la que pretende usted!

D. ANT. ¿Yo?

P. JAC. ¡Sí! ¡Esa mujer es lo que es por vuestra culpa! ¡Y ahora que tiene usted un medio para poder atenuar la culpa de su crimen, dando vuestro nombre a esa mujer, ¿no quiere? ¡Pues sepa usted, conde de Comás, que yo no quiero más que vuestro nombre; el dinero para usted y para «La Judiette Company»; no lo quiero, ni lo quiere la hija de vuestra víctima! ¿Pero unir al hijo del criminal con Isabel? ¡Sí!, es una idea que vengo acariciando mucho tiempo y no retrocedo!

D. ANT. ¡Yo me vuelvo loco! ¿Qué se propone al verificar este enlace?

P. JAC. ¡Que Isabel, la hija de mi amigo, sea reivindicada, llevando el título del asesino de su padre!

D. ANT. (Después y convencido.) ¡Tiene usted razón, padre Jacinto! ¡Puede que el único me-

dio de salvación para mí sea ese, el de unir a la hija de Rafael con mi Ricardo!

P. JAC. ¡Esa era la resolución que esperaba de usted, señor Conde! ¡No puede imaginarse la alegría que va a derramar sobre aquellos dos corazones, que no anhelaban más que vuestro consentimiento! ¡Mañana publicaremos en la prensa que el hijo del conde de Comás va a contraer matrimonio con la señorita...!

ESCENA XII

Dichos y don JUDAS, primera derecha

D. JUD. (Saliendo ciego de ira.) ¡No se tome esa molestia, padre Jacinto!

D. ANT. (Aparte.) ¡Dios mío, mi ángel malo!

P. JAC. ¿Por qué?

D. JUD. ¡Ese matrimonio no se efectuará!

P. JAC. ¿Y quién se opone a ello?

D. JUD. ¡Yo! (Como desafiando.)

P. JAC. ¡Usted! (Conteniéndose.)

D. ANT. (Con imperio.) ¿Y quién es usted para oponerse a mi voluntad?

D. JUD. ¿Quién soy? ¡Vuestra conciencia! ¿Desde cuándo manda y dispone sin consultarme a mí?

D. ANT. ¿Desde cuándo? ¡Desde el momento en que he descubierto vuestras intenciones! ¡Desde el instante que me he percatado de vuestras infamias!

D. JUD. ¡Qué!

D. ANT. ¡Sí, infamias! ¡Había sospechado hace tiempo los propósitos de «La Judiette Company», que usted representa en esta casa! ¡De esa compañía que, por su intolerancia, por su afán de acaparar dinero, me obligó a ser criminal! Mas hoy he visto claro el plan vuestro, cuando mi hijo ha dicho que lo que quereis es apoderaros de todos los millones que yo a fuerza de trabajo y de crímenes he reu-

nido! ¡Miserables! ¡quereis privar a la hija de mi víctima de todo lo que le pertenece; es decir, a la hija de mi víctima, no, de vuestro crimen, porque usted fué el que me indujo a cometerlo; usted fué el que me dijo: «Sér sin corazón, que prefiere la pobreza a la vergüenza de confesar su crimen ante un hombre que sabe que le ha de perdonar».

P. JAC. ¡Cómo no ha de haber criminales teniendo demonios por consejeros!

D. JUD. (Irguiéndose.) ¡Todo lo que querais! ¡Yo el criminal! ¡Yo el demonio! ¡Todo! ¡Pero esa boda no se celebrará porque yo no quiero! ¿Lo entendeis? ¡Yo no soy como usted, Conde de Comás, que se deja llevar por los caprichos de su hijo y de los del Padre Jacinto! ¡Yo me formo mi plan y no retrocedo suceda lo que quiera!

P. JAC. ¡Aunque cometais crímenes a mansalva!

D. JUD. ¡Sí; por eso nos llaman rectos e inviolables, porque no nos doblegamos nunca! ¡Podremos morir, pero retroceder, jamás!

P. JAC. ¡Por eso os llaman la rémora de la sociedad, porque conseguís vuestro fin con mentiras y con hipocresías; inducís hasta el crimen con tal de satisfacer vuestras maldades y vuestro egoísmo!...

D. ANT. ¡Don Judas!

P. JAC. (Tranquilizándose.) ¡Perdonadme, señor Conde! (Por don Judas.) ¡Dentro de quince días estarán casados Ricardo é Isabel!...

D. JUD. ¡Nunca!

P. JAC. ¡Dentro de quince días, y vendrán a vivir a esta casa, ¿lo entendeis, don Judas? ¡Y si encuentro la menor resistencia en usted, estoy dispuesto a predicar en el púlpito la infame conducta del Conde de Comás y su satélite el santo barón don Judas Abascal!

D. ANT. ¿Será usted capaz de decir en el púlpito un secreto de confesión?

P. JAC. ¡Sí; con nombres y todo! ¡Diré las infa-

mias de una compañía y los nombres de un sér que tienen por santo, cuando no es más que un aborto del infierno!

D. ANT. ¡No, eso no!

D. JUD. ¡No tema, señor Conde, no tema que publique un secreto que se le ha confiado como ministro del Señor! ¡Ay de él si comete tal sacrilegio!

P. JAC. ¿Qué quiere decirme con esas palabras?

D. JUD. ¡Que todavía hay superiores a usted para hacerle cumplir la obligación de su ministerio! ¡Y si no son bastante vuestros superiores, me basto yo para que cumpla con su deber!

P. JAC. ¡Pues ni usted, ni todos los prelados del mundo, ni el mismo Papa, son bastantes para hacerme retroceder! ¡Y sepa usted, conciencia corrompida, que llevaré a cabo mi propósito a pesar de sus amenazas! ¡Dentro de quince días se efectuará el matrimonio! ¡Y esta boda se celebrará como todas donde hay amor y conciencias tranquilas, con fuegos de pasión y resplandores de alegría! (Marcando el mutis.)

D. ANT. ¡Sí, Padre Jacinto!

D. JUD. ¡Yo me opongo!

P. JAC. (Desde la puerta segunda derecha.) ¡Yo le digo a usted que sí! (Mutis.)

D. JUD. ¡No, no será!

D. ANT. ¡Ea, estoy harto de vuestras imposiciones y no quiero sufrirlas más! ¡Mi hijo contraerá ese enlace a pesar de su protesta! ¡Así se opusiera todo el poder divino y humano, no volvería atrás mi palabra!

D. JUD. ¡Aunque supiera que había de encontrar la muerte, no he de consentir que se lleve a efecto esa locura!

D. ANT. ¡Mirad que mi cabeza arde, mirad que puedo enloquecer y, ¡ay de usted si este caso llega!, porque entonces no me importaría el manchar mis manos con vuestra sangre, espantajo obceno que adormeciste con el veneno de tu culto,

que es el oro, todos mis sentimientos de hombre honrado! ¡Sér miserable, que eres adorado por todos los que no te conocen íntimamente, por todos los que no han sufrido tus imposiciones y tus maldades! Y sábelo: se trata de la felicidad de mi hijo, y ¡ay de aquel que se oponga, porque le ahogo, le asesino! (Don Antonio hace mutis al decir la última frase, don Judas se queda anonadado ante la energía de éste. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación de Isabel, pobre, pero limpia y alegre. Sillas de rejilla. Un costurero a la derecha, donde estará trabajando Isabel. Primera derecha, ventana con plantas y flores. Primera izquierda, puerta que supone la alcoba. Muebles apropiados.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y CONCHITA

CON. Vaya, chica, no hagas caso.

ISA. ¡Qué no haga caso! ¿Cómo quieres que no lo haga? Si parece mentira que todo lo que me sucede sea obra de los hombres; parece más bien obra de un poder oculto, sobrehumano.

CON. Poder oculto. No hagas caso de esos poderes; eso que tú crees sobrenatural, lo conozco yo...

ISA. ¡Tú!

CON. Sí. Pero déjate; ya llevará su merecido. Dejemos esto y hablemos de otra cosa. Por fin sois marido y mujer; parece que fué ayer y hace cerca de un mes que os casaron...

ISA. Por fin pude darle nombre a mi hija. Mas me quiebro la cabeza pensando qué es lo que ocurriría el día aquel que Ricardo me hizo ir a su casa, ¿te acuerdas?

CON. No me he de acordar.

ISA. ¿Qué pasaría mientras estuve esperando, para que mi Ricardo tomara la determinación de casarnos en secreto?

CON. Vete a averiguar...

ISA. ¡Y el Padre Jacinto consentir en ello, él que no quería bendecir nuestra unión sin que el padre de Ricardo diera su consentimiento! Debió pasar algo grave que yo no puedo concebir, y que cuando lo pregunto me contestan siempre con evasivas...

CON. Déjate de cavilaciones. (Cambiando la conversación para distraerla.) ¿Te acuerdas cuando trabajábamos en el obrador de doña Virtudes?

ISA. (Suspirando.) ¡Ay! ¡Qué feliz era entonces! ¡Si hubiera conocido en aquella época a mi Ricardo y tenido la protección del Padre Jacinto, no tendría que avergonzarme ahora de mi pasado!

CON. ¡Pero qué tonta eres, hija mía! Si a mí me hubiera pasado lo que a ti, y por el mismo motivo, iría más orgullosa por la calle que una reina. ¿Qué culpa tienes tú de que un canalla te engañara? Y si es verdad lo que muchos suponen que te entregaste a un hombre para poder socorrer y dar alimento a tu madre, ¿tú sabes lo grande que es tu sacrificio? ¿Tú sabes lo que es dar las primicias de nuestro cuerpo para atender a las necesidades de una madre? ¡Si eso no lo hacen más que las santas!

ISA. (Avergonzada.) ¡Por Dios, Conchita, no me recuerdes esa infamia!

CON. El miserable fué el viejo aquel que al contarle tus penas y la situación de tu casa te brindó protección. Y el viejo verde esperó el momento más desesperado; el momento que tu pobre madre, casi en el estertor de la agonía, te pedía pan y remedio para su enfermedad.

ISA. ¡Pobre madre mía! Creo que murió de vergüenza al contarle lo que habían hecho conmigo. No duró más que dos días en el hospital.

CON. ¡Cuando recuerdo lo que hizo aquel miserable, quisiera conocerle para!...

ISA. ¡Calla por Dios, Conchita!

CON. Mira que sacarte de casa diciéndote que ibais a comprar todo lo que a tu pobre madre le hacía falta y llevarte a aquella casa, encerrarte en una habitación, diciendo que era su despacho, y abusar de ti ignominiosamente...; te dejó allí...

ISA. ¡Calla! ¡Calla, por Dios!

CON. Diciéndote que esperaras a que él volviera... ¡Miserable!

ISA. ¡Sí, amiga mía! Gracias que me di cuenta de todo lo que aquel infame había hecho conmigo y empecé a gritar. Subieron los guardias y me sacaron de aquel antro de corrupción y de miseria... Me llevaron a la delegación... y tuve que contar lo ocurrido; referir todo lo que recordaba. ¡Qué vergüenza pasé!

CON. (Acariciándola.) Bueno, bueno. Oye, ¿es verdad lo que me dijo ayer Don Ricardo?

ISA. ¿El qué?

CON. Que vienes a vivir a casa...

ISA. No me ha dicho nada.

CON. En compañía de tu suegro y del demonio.

ISA. ¿El demonio?

CON. ¡Sí!

ISA. ¿Quién es ese sér?

CON. ¡Quién quieres que sea: Don Judas!

ISA. No conozco a ese señor.

CON. No sabes lo que ganarías con no conocerle. ¡Qué mal bicho! Por más que puede que al verte y conocer tu fondo te quiera...

ISA. (Pensativa.) ¡Quién sabe lo que pasará!

CON. Te quiera, pero no por el lado que te figuras.

ISA. ¿Qué?

CON. Nada, hija. Ya tendré ocasión de ponerte en autos cuando estemos las dos juntas.

ISA. Sí, amiga mía; para todo el mundo, ama

y criada, mas para mí, la de siempre, la amiga cariñosa y leal...

CON. Me voy, Isabel, que ya hace más de dos horas que salí de casa y me reñirán por mi tardanza. No le digas nada de lo que te he dicho a Don Ricardo.

ISA. Pierde cuidado, no le diré nada. Adiós, Conchita. Qué miedo tengo de quedarme sola.

CON. No te apures, que ya pronto estarás en casa y entonces no nos separaremos.

ISA. Cuánto tarda ese día. Cada minuto que pasa me parece que viene sobre mí un nuevo peligro.

CON. No tengas miedo; ahora tienes quien te defienda y quien tiene derecho sobre ti.

ISA. A pesar de todo, tiemblo.

CON. Vaya, adiós. (Se besan.)

ISA. ¡Adiós!

CON. Ya estará Bernardo loco al no verme por allí.

ISA. ¿Pues no os habeis visto hace poco? ¡Cuando tú has llegado él salía!

CON. ¡Ya le he visto! Pero es que él no vive sin verme. ¡Qué quieres, hija, todo es merecérselo! (Mutis foro.)

ESCENA II

ISABEL, sola

Pobre Conchita, qué buena es y qué desenvuelta. Cuánto me quiere; sería capaz de hacer cualquier sacrificio por mí. Es de las amigas que se identifican con nuestros pesares o nuestras alegrías. ¿Y mi Ricardo? Cuánto tarda hoy; es extraño que no esté ya aquí. ¡Dios mío, desde que se efectuó nuestro enlace que tengo un miedo cerval y no sé a qué es debido. ¡Jesús mío, qué intranquilidad, qué desazón, qué martirio! Más tranquila estaba cuando vivía sola en el mundo, cuan-

do animaba mi vida la esperanza que Ricardo fuera mío! ¡Hoy todo son zozobras, sobresaltos! ¡Madre mía, ampara a tu hija desde el cielo; vela por mí, madre querida! ¿Eh? Abren la puerta; es mi Ricardo. (Con alegría infinita.)

ESCENA III

ISABEL y RICARDO, foro

RIC. ¡Isabel mía! (Abrazándose con efusión y alegría. Ricardo dejará la llave de la puerta encima del costurero.)

ISA. ¡Ricardo! ¿Por qué has tardado tanto hoy?

RIC. La misma hora de siempre.

ISA. ¿Sí? Pues mira, me figuraba que era mucho más tarde...

RIC. ¡Isabel! (Con amor.)

ISA. Y es que cuando no estoy a tu lado no me encuentro; sin ti no estoy tranquila, y además, sola...

RIC. ¿Sola? ¿Qué no ha venido Conchita esta tarde, como yo le tengo mandado?

ISA. Sí; hace un momento que se fué...

RIC. Habrá estado como siempre, hecha una loca. (Se quedan los dos contemplándose.) ¡Mi Isabel!... (Muy alegre.)

ISA. ¡Esposo mío!

RIC. Tengo que darte una buena noticia...

ISA. ¿Y qué es?

RIC. Mañana tendremos aquí a la pequeña...

ISA. ¿De veras? ¿Quién te ha dado la noticia?...

RIC. Fernando Gómez, que ha llegado esta mañana de Hernani...

ISA. ¿Y qué te ha dicho? ¿Cómo está nuestra hija?

RIC. ¡Bien!

ISA. ¡Angel mío!

RIC. Pero no sé qué le contó el marido de la nodriza, de un señor que ronda la casa hace mucho tiempo...

ISA. ¿Qué dices? (Con sobresalto.)

RIC. — Y que alguna vez han entablado conversación Marta y dicho señor, y él le ha aconsejado a la nodriza que abandone a nuestra hija.

ISA. — ¡Qué!

RIC. — No te asustes, no pasará nada.

ISA. — ¡Dios mío! (Cae en una silla.)

RIC. — ¿Qué tienes?

ISA. — ¡No sé!

RIC. — ¿Temes algo?

ISA. — ¡Sí!

RIC. — ¡Pues tranquilízate, dentro de pocas horas la tendrás aquí!

ISA. — Eso me tranquiliza. Y ahora que nuestra felicidad va a ser completa, voy a explicarte mis temores sobre nuestra hija, y no estaré tranquila hasta que la tenga a mi lado.

RIC. — ¡Di...!

ISA. — Es una espina que tengo clavada en el corazón desde el día de nuestra boda. Cuando fuímos a Hernani, a ver a nuestra hija, ¿recuerdas que hice que nos quedáramos unos días?

RIC. — Sí.

ISA. — Fué porque Marta, la nodriza, me rogó que no nos fuéramos para ver si en los días que nosotros permaneciéramos allí volvía a parecer un joven que iba todos los días a preguntar por la salud de nuestra Isabel...

RIC. — ¿Y por qué no me lo dijistes?

ISA. — Esperaba descubrir yo misma al individuo, saber quién era; por eso nada te dije y, además, porque fueron los días más felices de mi vida...

RIC. — ¿Cómo?

ISA. — Sí, Ricardo mío, los días más felices de mi vida. ¡Si tú hubieras visto mi corazón cuando cogías a nuestra hija y pasabas el día entero jugando con ella, me parecías otro niño. Le quitabas la gorra para ver sus sedosos cabellos, le indicabas

gestos que ella hacía, y éstos eran para ti un encanto; te reías como un tonto, cuando ella quería pronunciar alguna palabra. Enseñabas a todo el mundo sus piernecitas para que vieran lo gorda que estaba. Te tendías a su lado, como otro niño, sobre la estera del cuarto donde ella rodaba medio en cueros con la hermosa inocencia de los niños. Por las noches te levantabas de la cama, muy despacito para que yo no te oyera, para ver cómo dormía la hija de nuestro amor. Allí pasabas horas enteras oyendo aquel primer soplo de vida, semejante a la respiración de una flor. Cuando nuestra Isabel se despertaba, tú recibías su primera sonrisa, esa sonrisa de todos los niños que parece que al despertar salen de un paraíso. Tú felicidad era tan grande que parecía que no había más vida en el mundo, ni más espacio que el de tu corazón y el de nuestra hija, que latía junto al tuyo! (Con vehemencia.)

RIC. (Abrazándola.) ¡Isabel, Isabel mía, qué grande es tu corazón! ¡Cuanto más estoy a tu lado, cuanto más íntimamente te conozco, más te quiero, y es que eres hermosa de rostro y más todavía del alma...

ISA. ¡Ricardo! (Avergonzada.)

RIC. ¡Sí, ángel mío! ¡Tú eres la mujer que yo había soñado cuando estaba encerrado en el claustro; tú la mujer que yo me había creado en las noches largas, de insomnio y desesperación, después que los padres me hacían rezar las oraciones, que mis labios pronunciaban, pero que no llegaban al corazón. (Suena dentro la campanilla.)

ISA. ¡Llaman! ¿Quién podrá ser?

RIC. Será el padre Jacinto. Me dijo esta mañana que le esperara aquí. Ve a abrir. (Mutis Isabel, que sale en seguida con el padre Jacinto.)

ESCENA IV

ISABEL, RICARDO y PADRE JACINTO. A éste se le notará una gran nerviosidad y desazón en toda la escena.

P. JAC. Hija mía, ¿cómo se va pasando la nueva vida?

ISA. Muy bien, y sintiendo mucho que sea usted tan caro de ver.

P. JAC. Ya sabes que mis ocupaciones no me permiten disponer de mucho tiempo. Ricardo, ¿qué hay de aquello que te indiqué?

RIC. Lo que quiera usted; ya sabe que para mí no hay más voluntad que la de usted.

P. JAC. No, hijo, no es eso lo que quiero de ti; quiero que tengas ideas propias; no seas como tu padre, y perdona que te hable así, que no ha tenido más voluntad que la de don Judas. Yo espero de ti que cuando te haga una indicación, cuando te insinúe alguna cosa, la discutas y que te opongas a ella, si no la crees conveniente. A los que yo les brindo mi amistad, mi protección, mi cariño, quiero que sean libres de cuerpo y de pensamiento, que tengan ideas propias, que discutan, para convencerles, si están equivocados, o si lo estoy, que me convenzan.

RIC. (Abrazándole.) ¡Por Dios! ¿Cómo quiere que yo entre en discusiones con usted, y más tratándose de lo que se trata?

ISA. ¿Y qué es ello? (Con ansia.)

P. JAC. ¿Aún no le has dicho nada?

RIC. No, señor...

ISA. ¿Qué ocurre?

RIC. Nada, mujer...

ISA. ¡Por Dios...! ¡Decídmelo, sea lo que sea!

P. JAC. ¡Tranquilízate, no es nada!

ISA. ¡Decidlo, pronto!

RIC. (Cogiéndola de la mano y con mucha dulzura.) Ven aquí y tranquilízate, tontina. Es que el padre Jacinto me dijo, hace unos

días, que es necesario que vengas a vivir a casa de mi padre...

ISA. ¡Ah! (Con alegría.)

RIC. Y como también me dijo que no te dijera nada hasta que supiera la opinión de él sobre el asunto...

ISA. (Con ansia.) ¿Y qué ha dicho nuestro padre?

RIC. ¡Que su alegría mayor es tenerte cerca, lo mismo a ti que a nuestra hija!

ISA. (Con elegría infinita.) ¿Es verdad?

RIC. Sí, bien mío. Lo que no comprendo es el por qué de este cambio...

P. JAC. Lo vais a saber...

RIC. Ya sabes que mi pensamiento era el que viviéramos en mi casa, que entraras en ella como reina y señora, que fueras la dueña de todo; y por indicación del padre Jacinto, que se opuso a mi proyecto, estás viviendo en este cuarto, que fué nuestro nido de amor.

P. JAC. Entonces me opuse a que mi Isabel entrara en la casa de «La Judiette Company», no en tu casa como dices, porque creí que al efectuarse vuestro enlace los cuervos abandonarían su presa...

RIC. ¿Cómo...?

ISA. ¿Qué dice?

P. JAC. Sí, hijos míos! No la abandonan; siguen el rastro, y como algún día hallarán el escondite, tengo miedo que hagan una atrocidad...

ISA. ¿Eh?

RIC. ¡No os comprendo!

P. JAC. ¡Pobre Ricardo! ¡Los tienes en tu casa y no los conoces; te has educado con ellos y no los conoces, y así vivieras entre ellos siglos y siglos, no comprenderías ni sabrías nada de sus costumbres, de los medios que se valen para apoderarse de las conciencias y del dinero! (Abrazando a los dos.) Oye, hijo mío; esa compañía, esa «Judiette», que quería aniquilar tu cuer-

po y tu alma, que quería matar tus aspiraciones de hombre, tus anhelos de libertad, para apoderarse de toda tu fortuna, hoy quiere perder a mi Isabel.

ISA. ¡Dios mío!

RIC. ¡Imposible!

P. JAC. ¡Sí, Ricardo; quieren que desaparezca; el medio no lo sé, pero no será por ningún procedimiento honrado! Conviene que no sepan que estamos advertidos; conviene ser tan hipócritas como son los que pertenecen a esa compañía. Temamos si insistimos en el propósito de continuar así; el choque sería formidable, si algún día encuentran el escondite de vuestro amor.

ISA. ¡Me hacéis estremecer de horror!

P. JAC. ¡Ricardo, hoy más que nunca necesito de tu apoyo y vigilancia hacia Isabel! Necesito que no la abandones, y por eso va a vivir con tu padre. Quiero entregarles el botín que tanto desean, ponerla entre sus manos, para ver si así no se atreven a devorarla...

RIC. ¡No serán capaces de intentar nada contra Isabel!

P. JAC. Si obramos con prudencia, y al mismo tiempo con valentía, puede que nos dejen tranquilos. Llevamos con nosotros la razón, y en nuestros corazones la grandiosa fuente de nuestra dicha, que es emanación de nuestras conciencias tranquilas; si sabemos buscarla dentro de ella, podremos burlar aún la cólera de los déspotas y fariseos que os persiguen. A sus venganzas y egoísmos, pongamos nuestros pechos como murallas; pero a sus hipocresías, seamos cautos y prudentes y huyamos, sobre todo, de su saña avasalladora.

RIC. ¡Por algo tenía miedo! ¡Pero no serán tan perversos, que quieran causar el más leve daño a una mujer!

P. Jac. ¡Podre Ricardo! «¡Todos los medios son lícitos para alcanzar nuestro fin!» Este es su lema; este es el artículo de fe de «La Judiette Company». Además, el poder de esa sociedad, de esa compañía, es tan grande, que todo lo puede; de su grande imperio no se conoce el límite. Es el gran monstruo que extiende sus zarpas por todo el mundo, y ¡ay del que coge entre sus garras; lo exprime, lo aniquila, lo inutiliza! Es el mónstruo que sentimos el efecto de sus enormes patas, mas nadie lo conoce ni sabe dónde está su cabeza. ¡Ay si algún día se descubre dónde está la cabeza de esa bestia formidable, que poco a poco va apoderándose de todo el oro del mundo!

Ric. ¡Por Dios, padre!

P. Jac. ¡Miserables; y esos canallas se escudan y ponen a Dios como cómplice de todas sus infamias y maldades! (Acercándose mucho a los dos.) Hijos míos, perdonadme si mis palabras no son como las que oís a todos los que visten este traje. Aquí, entre vosotros, me siento fuerte, porque sois puros y no estáis corrompidos por las hipocresías sociales. Vosotros lleváis vuestra alma en el rostro; vosotros no mentís sabiendo que cometéis un pecado; no inducís al crimen sabiendo que arrastráis a un sér a la perdición; entre vosotros me siento fuerte y capaz de decir todo lo que este corazón padece, todo lo que sufro, todo lo que pesa este traje sobre mi cuerpo...

Isa. Tranquilizaos.

P. Jac. Si estoy tranquilo. Lo que no quiero consentir es que nadie ofenda a mi Isabel, a la hija de Rafael Larco, a la hija de mi hermano, de mi hermano, sí; que aunque no nacimos de la misma madre, la suya me dió el sér al recogerme cuando mis padres murieron...

ISA. ¿Cómo?

P. JAC. Aunque diera mi vida por Isabel, no pagaría lo que debo a su familia. (Pausa.) Oidme: quedé huérfano a los ocho años; los padres de Rafael vivían pared por medio de la de los míos. Una noche, en mi casa no había ni un pedazo de pan que llevarse a la boca; entonces, mi padre, loco, se echó a la calle; no supimos lo que pasó, pero a los tres días apareció su cadáver en la playa. Mi pobre madre cayó enferma, y como en mi casa no había ni ropa para cubrir nuestros cuerpos, se la llevaron al hospital. Y cuando mi madre decía, «mi hijo, que venga conmigo, no quiero separarme de él», entonces, un hombre que llevaba un traje como el mío, la dijo que yo ingresaría en un hospicio hasta que ella se restableciera. Mas para esto hacían falta documentos, que era preciso pagarlos; pagarlos, y ¿de dónde sacar el dinero? Entonces, la madre de Rafael, tan pobre como la mía, y sin que nadie le ganara un jornal, pues era viuda, me cogió en sus brazos, y besándome, me dijo: «Ven, hijo mío, yo te ampararé hasta que tu madre esté buena.»

RIC. ¡Acción digna tan sólo de una mujer!

P. JAC. Dios no quiso que volviera a ver a mi madre. ¡Aquella misma noche murió!

ISA. ¡Dejad esos recuerdos tristes!

P. JAC. En vista de lo que aquella santa mujer hizo conmigo, pues me tuvo como hijo hasta que Dios quiso llamarla, elegí esta carrera, para poder amparar a los desgraciados, en nombre del Dios bueno y misericordioso. Mas no puedo, hija mía, no puedo hacer lo que mi corazón me indica. Los de arriba me oprimen, me inutilizan; ellos que debían dar alientos, y esto es infame, inicuo. ¡Malditos sean! ¡Malditos!

RIC. ¡Calmaos! ¿Qué tiene? ¡Nunca le he visto así!

ISA. ¿Qué le pasa?

P. JAC. ¡Nada, hija, nada! (Tranquilizándose.) Perdonadme; cuando pienso en todo esto no sé lo que pasa por mí; si continuara un poco más mi estado nervioso, creo me volvería loco.

ISA. Pues no piense en nada; vale más vuestra vida y tranquilidad de vuestro espíritn que todo el mundo.

P. JAC. (Con toda la firmeza y tranquilidad.) ¡Ricardo, es preciso que hoy mismo salga Isabel de esta casa!

RIC. ¡Así será!

P. JAC. No perdamos tiempo; vámonos a ultimar un asunto de suma trascendencia y volveremos en seguida. Cada minuto que pasa temo un nuevo peligro.

ISA. ¡Ven pronto, Ricardo, que cuanto más pienso en los temores del Padre Jacinto, más miedo tengo de quedarme sola!

P. JAC. Al momento estamos aquí.

RIC. ¡Adiós! (Marcan el mutis.)

ISA. Toma la llave de la puerta y así no tendré que abrir a nadie, aunque llamen. (Se la da.)

P. JAC. Tienes razón, Isabel, no abras a nadie.

ISA. (Buscando.) ¿Y la otra llave? ¿No la tienes tú, Ricardo?

RIC. ¡Yo, no!

ISA. Pues estaba aquí, encima del costurero.

P. JAC. Déjala, la tendrás guardada en cualquier parte y no te acordarás.

ISA. No; si esta mañana la vi aquí encima.

RIC. Bueno, déjala; nada se ha perdido. Hasta luego.

P. JAC. Adiós. (Mutis)

ISA. Adiós.

ESCENA V

ISABEL

¡Dios mío! ¿qué habré hecho yo esa llave? ¡No sé por qué tengo miedo! Algo muy grave debe ocurrir cuando el Padre Jacinto, tan bueno para todo el mundo, tiene tanto odio a esa sociedad. (Pensativa.) ¿Quiénes serán los seres que la componen que nadie los conoce ni los ha visto? En casa de Ricardo no hay más que dependientes y don Judas, a quien yo no conozco, pero dicen que es un santo; un sér que, cuando muera, será canonizado, según la opinión de todos, por las buenas obras que está haciendo en este mundo. (Intranquila.) No comprendo nada, por más vueltas que le doy a todo lo que está ocurriendo. ¡Dios mío! ¡Cuánto tardan! ¿Por qué me habrán dejado sola? (Va a la ventana.) Aún no vienen. Me estaré aquí hasta que vengan y así los veré llegar. Cuánta gente hay en la calle; ¿qué pasará?

ESCENA VI

ISABEL y Don JUDAS, foro.

ISA. ¿Eh? ¿Quién abre la puerta? ¡Ricardo! (Al volverse, viendo a Don Judas se queda petrificada. Después del primer momento recobra toda su entereza.)
¡Jesús! ¡Don Manuel!

D. JUD. ¡Isabel! ¿Tú? (No dando crédito a lo que ve).

ISA. ¿Qué es lo que viene usted hacer a esta casa, miserable?

D. JUD. ¿Tú? ¿Tú?

ISA. ¡Pronto! ¿Qué es lo que usted quiere? ¿Quién le ha abierto la puerta?

D. JUD. ¿Pero yo estoy soñando? ¿Es cierto lo que ven mis ojos?

ISA. ¡Pronto, salga usted de aquí! ¡Fuera o llamo! (Dirigiéndose a la ventana.)

D. JUD. ¡Quieta! ¡Si das un grito te mato!

ISA. ¡Dios mío, ampárame!

D. JUD. (Avanzando hacia ella.) ¡Isabel!...

ISA. (Retrocede con horror.) ¡Si dáis un paso más, me arrojo por esta ventana! ¡Canalla! ¡No soy la misma de hace seis años! ¡No crea que va a conseguir sus criminales instintos como entonces! ¿Qué me dió para que yo perdiera el conocimiento? ¿Qué consigió en aquella ocasión con su brutalidad? Si todas las hazañas son como aquella, las fieras del desierto tienen mejor corazón que usted, ¡maldito! ¡Fuera, fuera de mi casa!

(Cogiendo las tijeras, que estarán encima del costurero, sin que Don Judas lo vea, las tendrá escondidas hasta el final de la escena.)

D. JUD. Tienes razón al lanzarme al rostro los dicterios que quieras. Pero, tranquilízate, Isabel. Ten calma y óyeme. (Todo con mucha hipocresía.) Al venir a esta casa no pensé nunca que fueras tú la que había de encontrar en ella. No pude imaginar nunca que fuera la esposa del heredero del Conde de Comás, la niña que...

ISA. ¡Monstruo! (Con odio.)

D. JUD. Ten calma y óyeme, que mi visita de hoy no es para ti mal ninguno; es, por el contrario, para hacerte un bien; es para proponerte, para suplicarte, una cosa que espero que aceptarás...

ISA. ¡De seguro que es una infamia!

D. JUD. Oye, y no anticipes juicios temerarios.

ISA. ¿Qué es lo que quiere de mí?

D. JUD. Acércate; ¡parece que me temes!

ISA. ¡Yo no temo a nadie y menos a usted! No le temo, porque me ampara la honra de un hombre que es mi esposo, y además de él, el recuerdo de mi hija, y por ella tengo que defenderme, para que algún día pueda enorgullecerse de haber-

me tenido por madre. De modo, que no temo a nádie.

D. JUD. Muy bien. (Con mucha hipocresía.)

ISA. Hablad, pero sed breve.

D. JUD. Lo seré. Isabel, me has sido recomendada por una sociedad benéfica para hacer tu felicidad...

ISA. A nadie conozco que pueda molestarse siendo protector mío. Sólo conocí a uno que en otro tiempo, fingiendo amparar a una anciana enferma y la honra de una niña que apenas contaba quince años, cuando el monstruo creyó llegado el momento, con mentiras, con hipocresías, y poniendo a Dios por testigo de su infamia, me llevó a una casa, diciéndome que era la suya, y que allí me entregaría el dinero para llevarle a mi madre el remedio. Me dió un... no sé qué, que me hizo perder el conocimiento. ¡Y con una niña, y a más de una niña, sin facultades para poder defender su honra, sació usted sus instintos criminales!

D. JUD. ¡Por Dios, hija mía, ten calma! Ya sé que la acción que cometí en aquel tiempo estuvo mal, y me arrepiento. Perdóname, como Dios me habrá perdonado, por mi acerbo arrepentimiento.

ISA. Le perdono; pero salga de mi casa. ¡Pronto!

D. JUD. ¿Salir? ¿Crees que me he tomado la molestia de venir a esta casa para irme sin acabar de decirte a lo que vengo?

ISA. ¿Pero qué quiere de mí, sér sin entrañas?

D. JUD. Lo vas a saber. Isabel, te has casado con el hijo del Conde de Comás contra mi opinión...

ISA. ¿Contra su opinión?

D. JUD. Sí; yo no quería que Ricardo se casase...

ISA. ¿Y quién es usted para oponerse al casamiento de Ricardo?

D. JUD. (Con altanería.) Contigo no quiero emplear, y más en esta ocasión, mentiras y sub-

terfugios. ¿Quién soy? En otro tiempo, cuando tú me conociste, me llamaban don Manuel, pero no es ese mi nombre...

ISA. ¿Cómo?

D. JUD. El mío es Judas Abascal

ISA. (Horrorizada.) ¿El gerente de la «Judiette Company»?

D. JUD. El mismo.

ISA. (Huyendo de él.) ¡Dios de bondad, protégeme!

D. JUD. Ya sabes quién soy y lo que motiva mi visita a esta casa.

(Pausa. Este momento, lo mismo que toda la escena, queda a la discreción y talento de los artistas. Don Judas se sienta, y con mucha *sansfasón* dice:)

Así vamos a hablar como dos seres que no se conocen. Voy a explicarte el objeto que me ha traído a esta casa.

ISA. (Con entereza.) ¿Qué es lo quiere de mí?

D. JUD. Lo primero, que desaparezcas...

ISA. ¿Qué?

D. JUD. Sí; que desaparezcas. Pide lo que quieras; por dinero no lo dejes; el que quieras. Coges a tu hija, yo te entrego la cantidad que estipulemos, te vas muy lejos de aquí, a sitio donde no lo sepan ni el Padre Jacinto ni Ricardo. Yo anulo vuestro casamiento, porque tengo poder para ello, y como eres bonita, y con dinero, no faltará quien se enamore de ti, os casáis, y a ser felices. ¿Te acomoda?

ISA. (Indignada.) ¿Y es usted capaz de hacerme tal proposición? ¿Y cree usted que yo aceptaré esa infamia?

D. JUD. ¿Por qué no?

ISA. ¡Porque yo no quiero! No sé la maldad que usted pretende realizar. Pero sepa usted, y el mundo entero, que antes morir que separarme de Ricardo...

D. JUD. ¡Pues ha de ser!

ISA. ¡No será! ¡Le quiero con toda mi alma, le amo más que a mi vida! ¿Y amándole como le amo quiere que yo renuncie a su

amor? No puedo, ni podría separarme de él, aunque me dieran todo el oro del mundo, aunque me dijeran que ha cometido las infamias más grandes, los actos más repugnantes; todo lo más vil y bajo que puedan llevar a efecto los monstruos más depravados del universo, ¡todo! no podría separarme de él, del hombre que me ha redimido, del hombre que, saltando por todas las conveniencias sociales, ha hecho de una mujer sin honra la compañera de toda su vida.

D. JUD. ¡Me he propuesto que desaparezcas de España, de Europa, y desaparecerás, no lo dudes!...

ISA. ¡Qué mal me conoce usted! ¡Ni abandono a Bilbao ni el cariño de mi Ricardo! ¡Ni acepto dinero, que viniendo de usted, me quemaría la mano que lo cogiera!

D. JUD. ¿Es decir, que estás dispuesta a desobedecer mis mandatos?

ISA. ¡Sí!

D. JUD. Pues te advierto que yo estoy dispuesto a que los obedezcas. Ya que no quieres a las buenas será a las malas. Nadie sabe que estoy aquí. Nadie me ha visto entrar, y te advierto que no retrocedo nunca.

ISA. ¿Seréis capaz de asesinarme porque soy un estorbo a vuestras maquinaciones infernales?

D. JUD. ¡Sí!

ISA. ¡Pues si usted no retrocede nunca, yo tampoco! ¡Prefiero mil veces la muerte que ceder a sus proyectos malvados!

D. JUD. (Fuera de sí ante la terquedad de Isabel.) ¿No quieres obedecerme?

ISA. ¡No!

D. JUD. ¡Yo haré que me obedezcas!

(Abalanzándose sobre Isabel; ésta se parapeta detrás del costurero. Los artistas, con su buen gusto, estudiarán bien el movimiento escénico de este momento, para que no resulte ridículo.)

ISA. ¡Si os acercáis a mí os escupo!

D. JUD. ¡Aunque supiera que había de encontrar la muerte entre tus manos no retrocedería!

(Se arroja sobre Isabel; ésta, al tiempo Don Judas levanta el brazo armado con un puñal, le coge por la muñeca, entablándose una lucha formidable.)

ISA. ¡Quieto, miserable!

D. JUD. ¡Suelta!

ISA. ¡No! ¡Socorro!

D. JUD. ¡Tú resistencia es inútil!

ISA. ¡Y la suya también!

D. JUD. ¡Suelta! ¡Suelta!

ESCENA VII

Dichos y el Padre JACINTO, foro.

P. JAC. ¿Qué miro? ¡El monstruo! (Cogiendo una silla y enarbolándola.) ¡Suelta a esa mujer o te parto la cabeza!

ISA. ¡Defiéndame, Padre Jacinto!

(Corriendo al encuentro de él. Don Judas se queda arrodillado, escondiendo el puñal para que el Padre Jacinto no lo vea.)

D. JUD. (Aparte.) ¡El! ¡Siempre este hombre!

P. JAC. ¡Ha pasado lo que temía mi corazón!

D. JUD. ¡Yo os diré!...

P. JAC. (Dejando la silla) ¡No necesito explicaciones, lo sé todo! ¡Mas yo se las voy a dar a usted, sér sin entrañas! ¡Esa mujer es la esposa del hijo del Conde de Comás; va a vivir desde hoy en nuestra casa! (Bajo, a Don Judas.) ¡Pero el día que llegue a mis oídos que tratais de causarla el menor daño, os aplasto como a un insecto dañino y repugnante! ¡Ahora, fuera de esta casa honrada..., fuera..., fuera!...

(Mutis muy despacio y murmurando al Padre Jacinto; éste e Isabel se quedan abrazados mirando a Don Judas.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Al levantarse el telón la escena estará sola.

ESCENA PRIMERA

Se oye un timbre que suena en la primera derecha. Sale CONCHITA por la seguuda derecha y hace mutis por la primera derecha. Luego Don JUDAS y BERNARDO segunda izquierda.

CON. ¿Llama la señora?

ISA. (Dentro.) Sí. Entra, entra. (Mutis Conchita.)

D. JUD. (Saliendo con Bernardo.) ¿Estás enterado?

BER. Sí, señor...

D. JUD. A ver si esta vez nos resulta la combinación algo mejor que el robo de la llave...

BER. Qué miedo pasé y cuánto me costó para apoderarme de ella, Don Judas. Isabel sin abandonar la sala donde estaba trabajando, y yo charla que te charla para hacer tiempo y para ver si le hacía falta alguna cosa y me dejaba solo; mas ella seguía trabajando, como si esperara el importe de la costura para comer; parecía que adivinaba mi intención. Por fin llamaron; era Conchita, que fué a llevarle un encargo del señorito Ricardo. Salió a abrir y entonces me apoderé de la llave que estaba encima del costurero, y me fuí temblando como si hubiera cometido un crimen; tanto me remordía la conciencia que tuve tentaciones de devolverla...

D. JUD. Bueno...

BER Porque era un robo...

D. JUD. Bien está...

BER. Lo que yo había cometido...

D. JUD. ¡Basta de sandeces! Estoy viendo que no podré fiarme de ti por tus imbecilidades.

BER. ¡Por Dios!

D. JUD. Para servirme del modo que lo estás haciendo, no tendré más remedio que despedirte.

BER. ¡Por la Virgen Santísima, Don Judas, no haga usted tal cosa; no me quite el jornal! Mire que es la comida de mi madre, que no tiene otra cosa en el mundo que el dinero que yo gano. Mire que tiene setenta años y no puede trabajar.

D. JUD. Bien, bien, tranquilízate; por ahora no llevaré a efecto mi amenaza, pero ten entendido que si desfalleces, o cuentas a nadie lo más mínimo de los proyectos que te confío, te despido.

BER. ¡Por Dios! (Suplicante.)

D. JUD. Has de ser instrumento ciego a mis mandatos; para ti no ha de haber más voluntad que la mía...

BER. Bien, señor. Yo haré todo lo que me mande.

D. JUD. Eso es lo que tienes que hacer. Oye. (Con mucho misterio.) Es preciso que esta tarde, cuando salgan de paseo la niña, la niñera y Conchita, te apoderes de Isabelita y la lleves donde te he dicho.

BER. ¡Pero!...

D. JUD. Ya sabes que a ti no te ha de pasar nada. Si ocurriera alguna cosa grave y ésta recayera sobre ti, la «Judiette Company» tiene escondrijos donde no entra la férula de la justicia.

BER. ¿Y si pasara alguna desgracia y tuviera que estar mucho tiempo escondido? ¿Qué sería de mi madre?

D. JUD. A ella no le faltaría nada. Se le entregaría tu sueldo íntegro, y a ti, cuando todo estuviera solventado y tranquilo, te sacaríamos y te entregaríamos un buen premio.

BER. Si es así no tengo inconveniente en hacer todo lo que me mande. Voy, pues, a...

D. JUD. Oye: A Conchita, antes de apoderarse de la niña, hay que hacer que desaparezca; eso corre de tu cuenta. Ya sé que estás enamorado de ella y ella de ti. Con tales circunstancias te será fácil apartarla del sitio donde pienses dar el golpe...

BER. Bien.

D. JUD. Tenle miedo a esa mujer; aunque parece tan alegre y despreocupada, tiene un temperamento y un carácter que ya lo quisieran muchos hombres.

BER. ¡Alguien viene!

D. JUD. Vamos. No te olvides de mis instrucciones. Si consigues apoderarte de la niña y llevarla allí vas a hacer tu felicidad y tu fortuna. Alguien viene.

BER. ¿Pero a Conchita no le pasará nada?

D. JUD. ¡Nada! No olvides mis instrucciones.

(Mutis segunda izquierda.)

ESCENA II

ISABEL, CONCHITA y Don ANTONIO, primera derecha.

BER. (Al ver salir a Don Antonio.) ¿Manda algo el señor Conde?

D. ANT. Nada, hijo. Puedes retirarte.

(Mutis Bernardo, foro.)

ISA. (Saliendo, seguida de Conchita.) ¿Véis que hermosa está? ¡Parece un ángel!

D. ANT: Es tan hermosa como su madre.

ISA. (Avergonzada.) ¡Por Dios!

CON. Muy bonita y muy buena, aunque no quieran los demonios que vagan por este mundo...

ISA. (Cortándole la frase.) ¡Conchita!

CON. Perdóneme, señorita, pero ya sabe por qué lo digo.

D. ANT. ¡Bendita la hora en que viniste a vivir a esta casa!

ISA. ¿Por qué, padre mío?

D. Ant. Porque antes era para mí un calabozo, un antro de tristezas y melancolías. Desde que falleció mi esposa que en este caserón no ha habido alegría para mí. Pero tú has traído lo que aquí faltaba hacía ya muchos años, que es alegría, gritos de mujer, risas de niños, pero risas expontáneas, alegres; esa alegría que hasta el más taciturno, al oirla, siente la vida de otros tiempos, la alegría que pasó, esa tranquilidad del alma que uno recuerda y que no puede volver si no la trae un ángel como mi Isabelita, como mi nieta. (Casi llorando.)

Isa. ¡Por Dios, no se ponga así!

Con. (Aparte.) ¡Pues no era antes tan blando!

Isa. (Aparte a Conchita.) Conchita, ve donde te he dicho y vuelve en seguida.

Con. Está bien, señorita.

Isa. (Lo mismo.) Vete y vigila, vigila, que toda precaución es poca.

Con. (Lo mismo.) No tengas miedo, que como yo vislumbre lo más mínimo, se va a acordar de mí ese cuervo. (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA III

ISABEL y Don ANTONIO

Isa. ¿En qué piensa usted? (A Don Antonio, que se habrá quedado pensativo.)

D. Ant. En historias pasadas, en tristezas. Ven, hija mía, ven, siéntate a mi lado.

(Se sienta muy cerca de Don Antonio, éste la contempla extasiado.)

¡No me canso de mirarte! ¡Qué hermosa eres y qué buena!

Isa. ¡Padre!...

D. Ant. ¡Maldito mil veces sea quien lleve un átomo de amargura a tu corazón!

Isa. ¿Por qué? ¿Qué es lo que he hecho yo para tener amargura?

D. Ant. Por eso, por que tú eres inocente, y ape-

sar de todo, puede que haya algún sér sin corazón que quiera descargar sobre ti sus iras y maldades. Mas no te preocupes, que mientras yo tenga fuerzas y un aliento de vida no lograrán sus propósitos.

ISA. ¡Por Dios bendito! ¿Qué dice? ¿Hay por desgracia algún sér que se ocupe de mí? (Con intención, y al mismo tiempo fingiendo inocencia.)

D. ANT. Nadie, hija mía; esto son suposiciones mías; además, ya sabes que estos días no estoy bueno, y mi cabeza muchas veces desvaría y digo sandeces, trivialidades.

ISA. Pues a olvidar todo eso que altera vuestra salud y a pensar en restablecerse, que es para mí y para todos los que le quieren lo más importante.
(Con mucho mimo y zalamería.)

D. ANT. Qué buena eres al prodigarme frases de cariño. Cuanto más te miro, cuanto más tiempo te tengo a mi lado, más deseo que estés. No puedes imaginar, ni remotamente, el culto que me inspiras, y el que me inspiró tu... padre.

ISA. (Con tristeza.) ¡Mi padre! ¡Pobre padre mío! ¡No lo conocí, porque cuando volvía de América, según me dijo mi madre, murió! (Transición.) ¡Oh, pero el Padre Jacinto me ha dicho que usted y mi padre fueron muy amigos! Va a hacerme un favor que se lo agradeceré en el alma. Quiero que me cuente algo de su vida, sobre todo, si es que usted lo sabe, algo de su muerte...

D. ANT. (Con espanto.) ¡No, hija mía! ¡Dejemos esa historia, no despertemos recuerdos dolorosos para todos, y más que para todos, para mí, que no puedo recordarlo sin que las lágrimas acudan a mis ojos y se me oprima el corazón!

ISA. ¿Por qué?

D. ANT. Por... ¡Mira, Isabel, no me preguntes más

sobre ese particular, y hablemos de otra cosa! ¿Quieres ayudarme en todo?

ISA. Sí. ¿Mas en qué?

D. ANT. En algo que puede no tardes mucho a saberlo: tengo necesidad de tu ayuda, porque es del único modo que podremos llegar al fin que me propongo, sin tener que lamentar alguna decepción dolorosa o alguna desgracia.

ISA. Cuente con mi auxilio, aunque de poco puedo servir.

D. ANT. ¡Quién sabe! A veces los seres más débiles son los más fuertes...

ISA. (Con convencimiento.) ¡Tal vez pueda ser útil! ¡Tiene usted razón; los seres más débiles son los más fuertes en muchos casos! ¡Y como yo, por mi desgracia, he tenido tan crueles enseñanzas en el transcurso de mi vida, mi juicio se ha orientado por las vías del bien y del mal! ¡Este conocimiento de los seres y de las cosas lo he adquirido sufriendo sus maldades! (Con mucha intención.) ¡La primera vez que le vi estudié en usted al hombre noble, entero, capaz de realizar grandes empresas, mas para ello es preciso extirpar malas raíces que le sujetan a ciertos pantanos, a ciertos egoistas que no tienen conciencia y quieren que los demás la tengan, para sacar todo el partido que su falta de conciencia y temor a Dios les permita!...

D. ANT. (Admirado.) ¡Isabel, nunca creí que tuvieras un estudio tan perfecto de la sociedad! Al oirte hablar así parece que oigo al Padre Jacinto, a ese santo varón; a él si que se le puede llama santo. No como otros, hija mía, que tú conoces y que has sufrido sus maldades, esos que se cubren con la capa de santidad y son demonios; seres que están en el mundo para condenación de las almas no avezadas al mal; pero con dulzura primero y después con

amenazas, les inducen o cometer las maldades más atroces y los crímenes más repulsivos. (Con exaltación.)

Isa. ¡No se exalte, padre mío!

D. Ant. ¡Que no me exalte! ¡Si cuando pienso la maldad que ese hombre cometió contigo!

Isa. ¡Qué! ¿Cómo sabe usted eso? ¿Quién se lo ha dicho?

D. Ant. El Padre Jacinto me lo confió todo, pero con la condición que no le dijera nada a Ricardo...

Isa. ¡Dios mío!

D. Ant. Y no lo ha de saber hasta que ese hombre desaparezca para siempre de esta casa; pero eso ha de ser pronto, porque es tan bajo y ruín, que será capaz él mismo de contárselo a mi Ricardo, para que se pierda y manche sus manos con su sangre...

Isa. ¡Eso nunca, mientras yo viva!

D. Ant. No llegará mi hijo a ese extremo, porque estoy yo en el mundo para preservarle de ese monstruo. ¡Quiero que sienta el peso de mi justicia esa hiena; quiero hacerle sufrir todo lo que yo he sufrido y sufro! ¡Porque tú no puedes saber, ni remotamente, las infamias, las bajezas que me ha hecho cometer; tú no puedes suponer las crueldades que he cometido, inducido por ese malvado, desde que fuí arrastrado a la pendiente que él me precipitó. Y aun hoy mismo, si oyera sus consejos, llegaría a asesinar a mi hijo, y a ti... ya hubiera hundido un puñal en tu pecho como hice con tu...

Isa. ¡Qué!

D. Ant. ¡No! ¡Huye!

Isa. ¡Padre!

D. Ant. ¡Vete!

Isa. ¿Cómo, a quién?

D. Ant. ¡A nadie! ¡Perdóname, Isabel, no sé lo que me digo! ¡Perdóname, perdóname!

(Mutis, corriendo y temblando, por la primera izquierda.)

ESCENA IV

ISABEL, y a poco el Padre JACINTO.

ISA. (Se habrá quedado a la puerta por donde a hecho mutis Don Antonio, sin comprender las últimas palabras.) ¿Que le perdone? ¿Por qué? ¿Qué es esto? ¿A qué viene esa exaltación de Don Antonio? ¿Que sería capaz de hundir un puñal en mi pecho como...? (Ocurriéndosele una idea.) ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Qué es esto que acude a mi cerebro? ¿Será posible que este hombre sea el asesino de mi padre? ¡No, no; imposible, imposible! ¡Madre de los desgraciados, haz que no sea verdad esta duda! ¡Si es verdad, qué vida me espera, Dios mío! (Se deja caer llorando en una butaca.)

P. JAC. (Saliendo segunda derecha.) La paz de Dios... (Viendo a Isabel que está llorando, se acerca.) ¡Isabel! ¿Por qué lloras? ¿Qué te han hecho? ¡Habla, por lo más sagrado!

ISA. ¡No es nada, Padre Jacinto, no es nada!

P. JAC. ¿Por qué lloras?

ISA. ¡Por nada!

P. JAC. No; tú no me dices la verdad. Algo ocurre para que tú, que estás acostumbrada a todas las penalidades de la vida, a todos los sufrimientos, sin que haya acudido una lágrima a tus ojos, hoy lloras. ¿Qué te sucede? ¡Dímelo! ¿Es que no tienes confianza en mí?

ISA. ¿Qué dice, Padre Jacinto? ¡Más que conmigo misma!

P. JAC. ¡Cuéntame lo que te pasa!

ISA. ¡No me atrevo...!

P. JAC. ¿Que no te atreves?

ISA. ¡No! Es tan grande y tan absurdo, que quiero ahogarlo en mi pecho para que no acuda a mis labios; y si por un acaso quiere salir, triturar la palabra en ellos antes de que salga...

P. Jac. Vamos, hijita. Dime lo que te sucede; muchas veces nos pasan cosas que en el fondo no son nada, pero nuestra imaginación las agranda y crea fantasmas horrorosos donde no hay más que nimiedades. ¡Dímelo, hija, dime qué es esa palabra que no quieres pronunciar!

Isa. ¡No!

P. Jac. ¡Mira que es posible que te arrepientas!

Isa. ¿Por qué?

P. Jac. Porque si, como presumo, es algo que se refiere al padre de Ricardo, mañana será tarde; no mañana, si sigues una hora en tú tenaz negativa, tal vez no podamos conjurar el conflicto.

Isa. Pues... (Conteniéndose.) ¡No, no; es muy horroroso! ¡No puede ser, no puede ser!

P. Jac. ¿El qué?

Isa. (Con resolución.) ¡Padre Jacinto! ¿conoce usted al asesino de mi padre?

P. Jac. ¿Qué estás diciendo? ¿Estás en tu juicio?

Isa. ¡Sí! ¿Conoce usted al asesino de mi padre?

P. Jac. (Con repugnancia.) ¿De dónde sacas que tu padre fué asesinado?...

Isa. ¡Por dos coincidencias que no puedo arrancar de mi imaginación por más esfuerzos que hago para que desaparezcan!

P. Jac. ¿Cuáles?

Isa. La primera es de mi madre cuando no tenía pan que darme, y abrazada a mí y llorando me dijo estas palabras: «¡Hija de mi alma, tú sin ropa con que cubrir tu cuerpo y sin pan que adormezca las mordeduras de tu estómago, y el miserable asesino de tu padre estará gozando del dinero que te pertenece!»

P. Jac. (Con ansia.) ¿Qué más?

Isa. ¡Y la otra, hace un instante aquí, Don Antonio, el padre de mi Ricardo!... ¡Si esto es horroroso!... ¡Me ha dicho frases que para mí han sido mil veces peor que la muerte!

P. Jac. ¿Qué frases son esas?

ISA. Estas: «que sería capaz de hundir un puñal en mi pecho como hizo con mi...»

P. JAC. (Horrorizado.) ¡Qué! ¡Sigue!

ISA. No pude entender más, pero el corazón me dice que él...

P. JAC. (Cortándole la frase.) ¡No, no lo creas, Isabel, no lo creas! ¡Corta de raíz esa planta venenosa que ha brotado en tu corazón, porque si no, eres perdida! ¡Hija mía, ya sabes que don Antonio, desde hace algún tiempo, su cabeza no está firme! ¡Piensa que es el padre de tu esposo! ¡Te lo suplico, te lo mando; deshecha esa idea, arrójala de tu pensamiento, como si fuera la guadaña de la muerte! Porque siguiendo así, destruirías toda mi obra, que me ha costado trabajos inmensos, y matarías todas tus ilusiones, la tranquilidad de toda tu vida, y tú tienes derecho a ser feliz.

ISA. ¡Todo lo que quiera, mas no podré arrancar de mi cerebro esta idea! ¡Y Ricardo, mi esposo; soy capaz de decírselo...!

P. JAC. ¡Tú estás loca! ¿Qué va a decir tu esposo? ¿Tú no temes despertar en su corazón la duda que invade el tuyo...?

ISA. (Casi convencida.) ¡Tiene razón; necesito pensar en mi Ricardo, para no creer en la culpabilidad de don Antonio! ¡Mas si fuera cierta, qué vida sería la mía y la de mi esposo, teniendo el fantasma de un crimen entre los dos!

P. JAC. (Mirando hacia la segunda derecha.) ¡Por Dios, tranquilízate! ¡Ricardo viene; seca tus ojos, hija mía!

ESCENA V

Dichos y RICARDO, por la segunda derecha

RIC. (Muy alegre.) Felices.

P. JAC. (Aparentando alegría.) Felices. ¿De dónde se viene, Ricardo?

RIC. De... (Viendo que Isabel está llorando.) ¿Qué tienes, Isabel? ¿Qué es lo que sucede, padre Jacinto?

P. JAC. Nada; pueriles presentimientos de Isabel.

RIC. ¿Presentimientos? ¿De qué?

P. JAC. En el fondo, nada de particular; pero superficialmente, mucho.

RIC. ¿De qué se trata?

P. JAC. No debía contártelo, pero como tarde o temprano lo has de saber, prefiero que lo oigas de mis labios, que de los de tu esposa...

RIC. (Impaciente.) ¡Hablad!

P. JAC. (No sabiendo cómo empezar.) Pues como tu padre y el de Isabel fueron tan amigos, según dicen las gentes que los conocieron, y se dice que Rafael Larco murió de muerte violenta en el viaje de regreso a España, Isabel tiene el presentimiento que tu padre debe saber algo sobre este hecho, y hasta afirma, mira si es monstruosidad, que don Antonio González, conde de Comás, tiene parte en ese crimen...

RIC. ¡Jesús! (No dando crédito a lo que oye.)

P. JAC. Y basándose en el axioma de que «las culpas de los padres caerán sobre los hijos», cree que no puede haber felicidad para ella!

RIC. ¡Isabel! ¿y tú has caído en esas rancias ideas? ¿Tú también crees que los hijos deben pagar las culpas de sus padres?

ISA. (Suplicante.) ¡Ricardo!

RIC. ¡Es que no puedo convencerme de que tú hayas pensado en tal absurdo! ¿Qué importa, dado que lo que has pensado, lo que ha cruzado por tu imaginación, fuera verdad? ¿Qué importa que nuestros padres hayan sido lo más malo, lo más perverso del mundo? ¡Allá ellos con su conciencia, allá ellos se las entiendan con sus jueces y con Dios! ¡Para nosotros no debe haber más que nuestro amor, nues-

tra alegría! ¡Si nuestros padres fueron malos, nosotros seremos buenos, para dulcificar la cólera divina, para que tenga compasión de ellos, al ver nuestras buenas obras! ¿Tú comprendes que nuestro cariño debe pagar culpas ajenas? ¿Comprendes que nuestra hija debe pagar alguna maldad nuestra?

ISA. (Saliendo del alma.) ¡No, Ricardo mío!

RIC. ¡Tú me amas; me lo has dicho mil y mil veces; pues yo te amô inmensamente!

ISA. ¡Ricardo!

RIC. ¿Qué importa que nuestros padres lucharan y se dieran muerte por la posesión de un puñado de oro, dado que fuese cierto lo que tú has pensado? Nosotros despreciamos los bienes materiales, porque somos ricos, los más ricos del mundo, pero ricos en amor. ¿Es que nosotros vamos a pagar culpas de hechos que no hemos cometido? ¡No, Isabel; tú no eres merecedora de sufrir, de pagar culpas ajenas! ¡Nosotros tenemos el derecho de ser felices y lo seremos! ¿Y sabes por qué? ¡Porque nuestro amor es más fuerte que la muerte y porque nosotros estamos exentos de las maldades humanas; nuestros corazones son puros y no puede cobijarse en ellos las impurezas de los hombres, aunque éstas vengan de nuestros padres!

P. JAC. ¡Sí, hijos míos! ¡Mirad siempre delante, sin volver la vista, y si por una casualidad retrocede vuestra mirada y vislumbra alguna mancha, alejaos de ella y seguid vuestro camino felices, que con retorceros el corazón y remover las cenizas de las maldades de nuestros antepasados, si es que hubo alguna, no haréis más que mortificar vuestros cuerpos, ya que lo que fué no hay nadie, ni el mismo Dios, que pueda deshacerlo!

ISA. (Llorando) ¡Sí, sí, es verdad! ¡No sé por

qué mi corazón ha tenido este fatal presentimiento!

RIC. ¡Tú no tienes que pensar más que en nuestra hija, en el fruto de nuestro amor! ¡Así, teniendo todos los sentidos, todas las fibras de tu sér, puestos en nuestra Isabelita, no pensarás más en esas tristezas que te quitan la alegría de tu rostro, que es para mí toda la vida!

P. JAC. Id, hijos míos, id al lado de aquel ángel, y ella, con sus gritos, sus sonrisas y sus medias palabras, alegrará vuestros corazones, os transmitirá su alegría.

RIC. ¡Vamos, esposa mía! ¡Seca esos ojos, que no quiero que los nuble ni la más leve sospecha, ni la más insignificante palabra! Vamos.

ISA. ¿Y usted, padre Jacinto, no viene?

P. JAC. Sí. Estaré un momento con la niña, muy poco, porque tengo que hablar con el señor Conde antes de irme. Pasad. (Van haciendo mutis; el padre Jacinto el último y dice aparte.) ¡Es imprescindible que hable con don Antonio, si no, todo se ha perdido! (Mutis primera derecha.)

ESCENA VI

CONCHITA y GUZMÁN, segunda derecha; luego BERNARDO, foro

CON. Pase usted. (Toca el timbre.) Tome asiento, si gusta, que no tardará en salir.

GUZ. Gracias, hija.

BER. (Saliendo.) ¿Qué pasa?

CON. Este caballero dice tiene necesidad de hablar con don Judas.

BER. Está bien.

CON. ¿Manda usted algo más? (A Guzmán.)

GUZ. ¡Nada, hija mía, nada! (Mutis Conchita segunda derecha.)

BER. Usted dirá lo que solicita.

GUZ. Hágame el favor de decirle a don Judas Abascal que tenga la bondad de salir.
BER. ¿Es para cuestión de negocios?
GUZ. No; es para pedirle un favor.
BER. Entonces, pase usted a su despacho.
GUZ. No. Es una merced que quiero pedirle y deseo que no se entere nadie, y como él no está solo en su despacho, no sé si me atrevería a hacerle la petición delante de testigos...
BER. Esta bién. Voy a pasarle recado. No sé si conseguirá usted su objeto.
GUZ. Dígale que desea hablarle Antonio Guzmán, padre del capitán del vapor «Farnellas». Ande usted.
BER. Al momento. (Mutis segunda izquierda.)
GUZ. ¡Dios mío, que se apiade de nosotros, de nuestra desgracia, porque si no, estamos perdidos! Si no llegan mis súplicas a su corazón, ¿qué va a ser de nosotros? ¡Por más que lo que vengo a solicitar es bien poca cosa, y él es bueno y me lo concederá! (Viendo salir a don Judas por la segunda izquierda.) Aquí sale.

ESCENA VII

Don JUDAS y GUZMÁN

D. JUD. (Saliendo.) Muy buenas.
GUZ. Felices. (Se estrechan las manos.) ¿Cómo está usted?
D. JUD. Bien, gracias. ¿Qué es lo que desea?
GUZ. Un señalado favor que espero hará usted.
D. JUD. (Muy complaciente.) Con mucho gusto. ¿Por qué no ha pasado a mi despacho?
GUZ. Porque delante de testigos no me hubiera atrevido a hacerle la petición.
D. JUD. Usted dirá lo que quiere de mí.
GUZ. ¡Que salve a mi familia de la miseria! (Con mucho temor y vergüenza.)
D. JUD. Si está en mi mano, dése por salvado. Hable usted.

Guz. Cuando vine a cobrar la mensualidad de mi hijo, hace dos meses, ya recordará que le referí que una grave enfermedad había causado la muerte de Leonor, esposa de mi hijo. Mas antes de esta pérdida, que para nosotros no tiene nombre, tuve que hacer gastos enormes que no podía sufragar con el sueldo que mi hijo tiene, y para que a la pobre no le faltara nada, me fué preciso pedir dinero a un usurero, ¡maldito sea!, hipotecando toda la hacienda, que sube algunos miles de duros más que la miseria que me prestó.

D. Jud. ¿Por qué no vendió parte de la hacienda, si tanta falta tenía de dinero, en vez de dejarse robar? ¡Porque yo, por desgracia, conozco lo que son los tales usureros!

Guz. ¡No lo sabe usted bien...!

D. Jud. Continúe.

Guz. El día cinco del mes pasado, cuando vine a cobrar me fuí de aquí a su casa, para entregarle la mitad de la deuda, según convenio; y el canalla me dijo: «que no corría prisa, que él no necesitaba el dinero, y si me hacía falta para pagar alguna cosa más perentoria podía disponer de él». Ante tal oferta vi el cielo abierto, y me llevé el dinero para cubrir algunas pequeñas deudas de pobres que les hacía tanta falta como a mí, y salí de su casa bendiciendo al canalla. Mas ayer, cuando más tranquilo estaba, y confiado en su palabra, recibo una carta del... ladrón, diciéndome, que «mañana termina el plazo para saldar la hipoteca, y si no hago efectiva la cantidad y los réditos se quedará con toda la hacienda, según consta en la escritura». ¿Comprende usted la infamia? ¡Querer apoderarse de una fortuna por la cantidad que vale un metro de terreno!

D. Jud. ¡Sí que es inhumano y criminal! ¿Qué

quiere de mí, señor Guzmán? ¿En qué puedo servirle?

Guz. En mucho, Don Judas, en mucho. Ante el temor de que ese sér sin entrañas lleve a efectuar su amenaza, he recorrido Bilbao buscando todas mis amistades, y los que pueden sacarme del compromiso están ausentes; y ante la imposibilidad de encontrar el dinero que me falta para saldar la cuenta me he atrevido a pedirle un favor. (Con mucho temor.)

D. Jud. Si está en mi mano, délo usted por hecho. Diga usted.

Guz. (Besándole las manos y casi llorando.) ¡Gracias, gracias! ¡No en balde tiene usted fama de santo! ¡Le deberé más que la vida!

D. Jud. Vamos, vamos; tranquilícese y diga lo que solicita.

Guz. Bien poca cosa, pero para mí es la vida, la fortuna. Sacando la cuenta del dinero que me falta para salir de este compromiso, es justa la cantidad que tengo que cobrar por la mensualidad de mi hijo, y espero que usted me adelante dicha suma, y como no faltan más que seis días para terminar el mes...

D. Jud. ¿No es más que eso? ¡Yo creí que era alguna cosa de más transcendencia! Eso no tiene importancia...

Guz. ¡Bendito sea mil veces! (Saca de la cartera un recibo y se lo entrega.) Tome el recibo firmado por mi hijo.

D. Jud. (Lo coge, y después de examinarlo lo dobla.) Está bien. Pero antes debo hacerle una pequeña advertencia de la costumbre que hay en la casa y que usted supongo no ignorará...

Guz. ¿Cuál?

D. Jud. Que por el pago de este recibo antes de terminar el mes hay un descuento del treinta por ciento...

Guz. ¿Qué? (Temblando.)

D. Jud. Es costumbre de la casa, y ya sabe usted

que yo soy fiel cumplidor de mi deber.

GUZ. (No acertando las palabras) ¡Sí..., lo comprendo...; pero este es un caso... es... un señalado favor que yo espero de usted... ¡Mire que si me descuenta un céntimo no puedo pagar!... ¡Comprenda mi situación!...

D. JUD. La comprendo, sí, señor; y yo quisiera tener dinero mío para adelantarle a usted, no esta cantidad, que no tiene importancia, sino cien veces más. Pero en el caso presente no le puedo anticipar ni un céntimo sin el descuento antes dicho.

GUZ. (Con ira y suplicante al mismo tiempo.) ¡Si sólo faltan seis días para terminar el mes!

D. JUD. Aunque sólo faltara una hora para la de cobrar no podría favorecerle sin descontarle...

GUZ. (Arrodillándose.) ¡Por Dios! ¡Por lo más sagrado! ¡Por lo que más quiera usted en el mundo no me niegue este favor!... ¡Mire que va la ruina de toda una familia... y ésta es la del dependiente más probo y más fiel que tiene la casa!

D. JUD. Yo no puedo hacer más que cumplir con mi obligación...

GUZ. ¡Por la vida de mis nietecitos os lo suplico; no me deje salir de esta casa sin el dinero!

D. JUD. En usted está; acepte la costumbre de la casa y os daré el importe de este recibo, descontando, como os he dicho antes, el treinta por ciento. El dinero que os falta es poco y fácilmente puede encontrarlo...

GUZ. ¿Dónde? ¿Usted comprende que si hubiera encontrado uno siquiera de mis amigos hubiera venido a molestarle? ¡Por la Virgen Santísima, págueme ese recibo íntegro, que Dios le bendecirá, por el bién y la alegría que va usted a derramar sobre una familia!

D. JUD. No puedo. Tome usted.

(Entregándole el recibo.)

GUZ. (Levantándose, y con ira.) ¿De modo que se niega a hacerme este favor?

D. JUD. (Hipócritamente.) Yo bien quisiera, pero no puedo sin descontar...

GUZ. ¡Está bien! ¡Yo esperaba encontrar en esta casa la felicidad, pero me llevo la muerte! ¡Esperaba hallar en ella algo que no se pareciera a la de un usurero; porque en ella hay alguna cosa que no debía olvidar usted, algo que en otras casas se agradece y se venera, que es el sudor del trabajador diligente y honrado! ¡Pero estoy viendo que todas estas martingalas no son obra de la casa, como dice, sino de usted!

D. JUD. ¿Cómo?

GUZ. ¡De usted, sí! ¿Cómo es posible que un hombre como don Antonio, que cuenta su capital por millones, vaya a meterse en unos cientos de pesetas que un empleado fiel le pida con seis días de anticipo? ¿Cómo es posible que esa sociedad que expone millones y millones a merced de los elementos, quiera robarle...?

D. JUD. ¿Qué?

GUZ. ¡Robarle, sí, el dinero a un pobre por anticiparle unos días su jornal, cuando éste deja que ustedes lo tengan en su poder todo un mes para que hagan todas las operaciones y saquen todo el fruto que puedan de una cantidad que no les pertenece. ¿No vé usted que esto está más claro que la luz? ¿No comprende usted, y se vé claramente, que el robo que atribuye a don Antonio y a sus socios, es usted el que quiere cometerlo? ¡Usted, santo varón, usted, que yo creía que era un hombre honrado y de corazón y no es más que un ladrón, que se ampara con el cargo que desempeña, para robar a mansalva a cuatro infelices que tienen la desgracia de necesitar dinero antes de llegar el primero de mes!

D. JUD. ¡Basta! ¡Salga usted de aquí!

GUZ. ¡Sí, me voy; pero antes de irme, le tengo que escupir al rostro la palabra; que si alguien se atreviera a decírmela a mí, no terminaría de pronunciarla sin que cayera a mis pies estrangulado por estas manos viejas y temblonas! ¡Es usted un ladrón, un ladrón; se lo repito para ver si en sus venas hay sangre y se defiende, para cobrarme al menos la debilidad mía al haberle confiado flaquezas a un demonio, a un sér que no tiene un átomo de hombre honrado!

D. JUD. ¡Fuera, fuera, o llamo a los criados para que le echen...!

GUZ. Los criados, sí, porque usted no se atreve; es usted tan cobarde como ladrón...

D. JUD. (Se va al timbre, y antes de que llame, sale don Antonio.) ¡Basta ya!

D. ANT. ¡No llame usted a nadie, don Judas!

ESCENA VIII

Dichos y Don ANTONIO, primera izquierda

GUZ. ¡Don Antonio! (Con alegría.)

D. JUD. (Aparte.) ¡Maldición!

GUZ. ¡Señor Conde...!

D. ANT. (A don Judas.) ¡Firme usted ese recibo y ponga el *Páguese!*

D. JUD. ¡Eh! (Admirado.)

GUZ. ¿Cómo?

D. ANT. ¡Y usted, señor Guzmán, va al cajero y le abonará el importe!

GUZ. ¿Es posible? (Con alegría infinita.)

D. JUD. ¿Qué? (No dando crédito a lo que oye y anonadado.)

D. ANT. (A don Judas.) ¡Ande usted! ¡Firme ese recibo!

D. JUD. ¡Pero... (Subyugado por la mirada de don Antonio.)

D. ANT. ¿Qué es eso? ¿Desde cuándo no se me obedece? ¡Pronto! (Se quedan los dos mirando don Judas, sin apartar la mirada de don Antonio, coge el recibo de manos de Guzmán e indica medio

mutis.) ¡No hace falta que vaya a su despacho; fírmelo aquí mismo! (Señalando la mesa, que habrá recado de escribir.)

D. JUD. ¡Pero...! (Resistiéndose.)

D. ANT. ¡Pronto! (Con energía.)

D. JUD. Está bien. (Firma el recibo y se lo entrega a don Antonio.)

D. ANT. Después de examinarlo, se lo entrega a Guzmán.) Tome usted, vaya y que se lo abonen en seguida. (Aparte.) ¡Al menos que haya alguien en el mundo que bendiga mi nombre!

GUZ. (Llorando.) ¡Bendito sea, señor! ¡Si algún día necesita de mi vida, puede disponer de ella! ¡Gracias! ¡gracias mil veces!

D. ANT. ¡Bien, bien! (Levantando a éste, que se habrá arrodillado y le habrá cogido las manos para besárselas.)

GUZ. ¡Bendito, bendito sea, señor, bendito sea! (Mutis por el foro llorando de alegría. Don Judas indica medio mutis.)

ESCENA IX

Don ANTONIO y Don JUDAS

D. ANT. Usted no se vaya; tenemos que hablar.

D. JUD. (Ya casi tranquilo y dispuesto a la defensa.) ¿Qué quiere?

D. ANT. Que hablemos claros y por última vez.

D. JUD. ¡Decid!

D. ANT. ¡Es absolutamente necesario que abandone usted esta casa!

D. JUD. ¡No comprendo esa salida!

D. ANT. Ya que no la comprende, o no quiere comprenderla, yo se lo diré. Usted no puede continuar viviendo en esta casa, porque es la eterna acusación del crimen que usted cometió...

D. JUD. ¿Que yo cometí?

D. ANT. ¡Sí, que usted cometió!

D. JUD. Vamos, don Antonio; casi me estoy con-

venciendo de lo que se dice por Bilbao al oir sus palabras.

D. ANT. ¿Qué se dice? (Nervioso.)

D. JUD. ¡Que está loco!

D. ANT. ¿Loco? (Conteniéndose.) ¿Pero es que los habitantes de Bilbao no saben que ha sido usted el que ha propalado esa noticia? ¿Es que nadie sabe que usted y los prohombres de «La Judiette Company» son los que han divulgado esa noticia, para cuando llegue el desenlace que ustedes esperan, que es el de mi muerte, poder anular mi testamento, declarando que por mis perturbaciones mentales no es valedero? ¡Pero sabedlo, hipócrita, rastrero, hace más de dos años que lo tengo archivado y con una nota que va a ser su perdición. Porque nadie sabe que yo, con una palabra, puedo deshacer la reputación de santo que usted tiene cimentada; que puedo derribar el edificio que usted ha construído con astucias e hipocresías, perpetrador de crímenes, deshonrador de doncellas!

D. JUD. ¿Qué? (Con indignación.)

D. ANT. ¡Sí; usted fué el que deshonró a Isabel; fué el que, presentándose en su casa con nombre supuesto y como persona caritativa y filántropo consumado, deshonró a esa niña, empleando para saciar sus instintos de sátiro todas las maldades y todos los recursos de los seres más repugnantes del universo!...

D. JUD. ¡Basta de palabras insultantes!

(Irguiéndose y con descaro.)

D. ANT. ¡Sér infame, que acomodas tu cuerpo y tu rostro según lo requieren tus maldades; eres el gran arlequín..., pequeño para conseguir tus proyectos, grande cuando encuentras la más pequeña oposición! ¡Tu rostro, lo mismo es alegre o triste, según lo requieren tus amores infames o tus torpes iras! ¿Y por tal mons-

truo, pues eres la rémora del linaje humano, olvida Dios a los buenos y leales? ¿Y los hombres te admiran como si fueras un sér recto y benigno? ¡Culto insensato, increíble, que me llevó a mí a la perdición y has llevado a todos los que han sentido tu dominio y han gozado tu protección! ¡Donde pones tú la planta siembras la discordia, divides familias, pueblos; propagas el desorden por todo el mundo, porque del desorden y de las guerras intestinas de los pueblos y las religiones funda la «Judiette Company» sus riquezas y su poderío!

D. JUD. (Muy humilde y rastrero.) ¡Por Dios, señor Conde! No parece que yo soy el causante de vuestro crimen, que yo puse el arma homicida en sus manos...!

D. ANT. (Irguiéndose.) ¿Quién, sino usted, precipitándome en la senda del mal, ha hecho de mí un sér sin voluntad, un autómata, siempre dispuesto a cumplir sus mandatos y sus perversidades? ¿Quién ha emponzoñado mi vida? ¡Usted, y nadie más que usted!

D. JUD. Concluyamos. ¿Qué es lo que pretende usted?

D. ANT. ¡Que abandone esta casa, que desaparezca para siempre y deje tranquila a una familia que por su culpa es infeliz, pudiendo ser la más feliz de la tierra!

D. JUD. ¿Nada más que eso? (Humilde.)

D. ANT. ¡Nada más!

D. JUD. ¿Con que dejar yo esta casa?

D. ANT. ¡Sí!

D. JUD. Tranquilizaos, Don Antonio; mirad que vuestra salud está muy quebrantada, mirad que si sigue así puede enloquecer, si no lo está ya. (Muy dulce.)

D. ANT. ¡Todavía no, pero puede que llegue a estarlo, y entonces, ay de usted!

D. JUD. ¿Que haría? (Hipócritamente.)

D. ANT. ¿Qué haré? ¡Tan cierto como le odio con

toda mi alma, que si se niega a ejecutar mi mandato le mato! ¡Ya sabe que mis manos están manchadas de sangre por su culpa, y sepa usted que no dudaré en mancharlas otra vez con vuestra sangre negra como las cavernas del infierno!

D. JUD. ¡Por Dios, señor Conde, tranquilizaos! ¡Tened calma!

D. ANT. ¡Respóndeme; pero no como tú tienes costumbre, sino con la verdad; que yo sepa, aunque sea en las puertas de la muerte, quién eres; que te vea por una sola vez en mi vida retorcerte en tu elemento! ¡Pronto, habla!

D. JUD. (Con altivez y desafiando.) Hablaré y ¡ay de quien me replique! ¡Sepa usted y todos los de esta casa que no abandono mi puesto hasta que llegue donde me he propuesto!

D. ANT. (Que desde que salió a escena se le notarán algunos síntomas de locura, dice estas frases saltándole los ojos de sus órbitas.) ¡Aunque mi alma se condene más de lo que está; aunque aventen después de mi muerte las cenizas de mi cuerpo, te juro que vas a desaparecer! (Don Antonio, poco a poco, se habrá ido acercando a Don Judas; al terminar la última frase se abalanza sobre él; éste, ante tan inesperada acometida, se defiende y procura desasirse de las manos de Don Antonio, que le habrá cogido del cuello.)

D. JUD. ¡Socorro! ¡Socorro!

D. ANT. ¡Calla, monstruo! ¡Vas a morir sin confesión, para que tu alma se pierda como la mía!

D. JUD. ¡Socorro! ¡Auxilio! (Con voz imperceptible.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, ISABEL, RICARDO, BERNARDO, Padre JACINTO, CONCHITA y Criados.

P. JAC. ¿Qué pasa?

RIC. ¿Qué es esto? ¡Padre!

ISA. ¡Jesús! (Al ver lo que pasa.)

CON. (Segunda derecha) ¡Dios mío!

BER. ¡Soltad! (Separándolos.)

RIC. ¡Padre! (Lo mismo.)

P. JAC. ¡Separadlos!

D. ANT. ¡Dejadme! ¡Dejadme! (Suelta a Don Judas, que cae al suelo.)

D. JUD. (Incorporándose y sacando una pistola, apuntando a Don Antonio.) ¡Muere, miserable!

ISA. (Interponiéndose y cubriendo con su cuerpo el de Don Antonio; al mismo tiempo dispara Don Judas, matando a Isabel.) ¡No! ¡Jesús! (Cayendo en brazos de Don Antonio.)

D. ANT. ¡Hija mía!

D. JUD. (Aparte.) ¡Maldición!

D. ANT. (Queriendo abalanzarse sobre Don Judas.) ¡Asesino!

P. JAC. ¡Don Antonio! (Deteniéndole.)

RIC. ¡Muerta.

P. JAC. ¡Jesús!

CON. ¡Dios mío!

RIC. ¡No, no es posible!

D. ANT. ¡Isabel, hija mía! (Arrodillándose delante de Isabel y llorando.)

RIC. ¡Miserable, toda tu sangre es poca para pagar este crimen!
(Queriendo abalanzarse sobre Don Judas, que lo sujetarán entre Bernardo y otros criados.)

P. JAC. ¡No, Ricardo, no! ¡El causante de esta desgracia no es este hombre! ¡La verdadera culpable es la «Judiette Company». ¡La Araña Negra; esa sociedad que ocultando su cabeza tiende sus tentáculos como pulpo enorme por todo el mundo! ¡La Araña Negra, que por el afán de hacerse dueña de todo el orbe apoderándose del dinero, hace esclavos que le sirven como autómatas! ¡Ay del día que el pueblo descubra su cabeza y la aplaste como reptil venenoso! ¡Mientras esto ocurra, dejadlos, que ellos, los prohombres de esa sociedad, nos irán descubriendo sus instintos de fieras!

RIC. (Llorando.) ¡Mi Isabel! ¡Esposa mía!

D. Ant. ¡Rafael, Rafael, perdóname!

(Arrodillándose frente a Isabel.)

P. Jac. ¡Jesús mío, recibe en tus brazos amorosos a este ángel!

(Cuadro. Isabel, en el sillón, muerta, y alrededor Conchita, Ricardo y Don Antonio, todos llorando. Don Judas, contemplando el grupo como imbécil, sujetado por Bernardo y los criados. El Padre Jacinto, en el centro de la escena, con los brazos al cielo implorando perdón.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL DRAMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Nieto.—Juguete en un acto y en prosa.

El Monje Maldito.—Drama en seis actos y en prosa, adaptado del portugués.

La Conjuración de Fiesco o la República de Génova.—Drama en seis actos y en prosa, adaptado del alemán.

El de Jerez.—Juguete en un acto y en prosa.

El Calvario de una Madre.—Drama en cuatro actos y en prosa, basado en la novela de Diderot, titulada *La Monja.*

La Verdad... Amarga.—Juguete en un acto y en prosa.

La Araña Negra.—Drama en tres actos y un prólogo, en prosa.

La Cruz de Hierro.—Drama en tres actos y en prosa.